

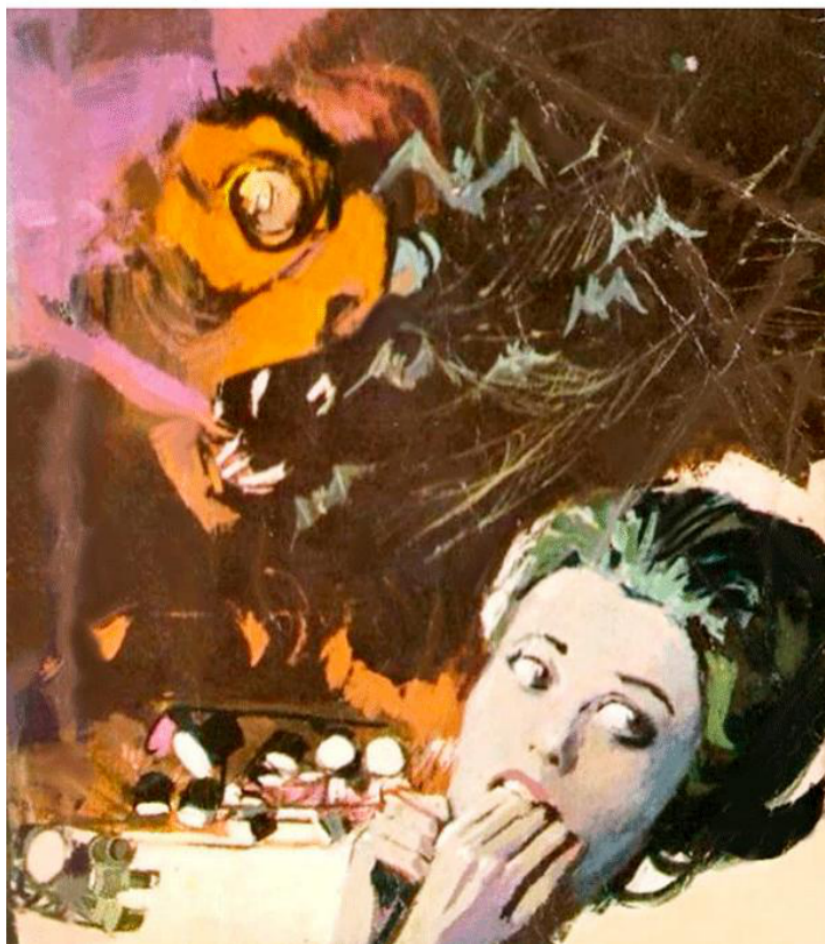
BOULEVARD BRUGUERA

PUNTO

ROJO

THRILLER

adam surray



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

ADAM SURRAY

THRILLER

Colección **PUNTO ROJO** n.º 577

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 12.331 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1973

© ADAM SURRAY, 1973

texto

© DESILO, 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.185. — Dulce muerte en Miami Beach.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878. — El último de los Mac Clure.

En Colección KANSAS:

769. — Los vividores.

PROLOGO PARA UN CRIMEN

Beverly Hills, comunidad actualmente unida a Los Ángeles, es lugar de descanso para los famosos de Hollywood. Allí se alzan los más lujosos *bungalows* edificados por los más grandes del llamado Séptimo Arte.

Allí es donde se vive más de cerca el ocaso de Hollywood.

Nada queda del pasado esplendor.

Hollywood es como una gran pirámide, que encierra valiosas reliquias. Viejos tesoros. Momias. Recuerdos...

Sí.

Recuerdos...

Eso es ya lo único que queda en Hollywood.

Los habitantes de Beverly Hills siguen aferrados a ese glorioso pasado. Siempre con la mirada fija en el ayer, puesto que el mañana se presenta tenebroso. También flota sobre Beverly Hills el fantasma del miedo. Los *hippies* que pueblan California, algunos de ellos tristes imitadores de la familia Manson, parecen darse cita en la populosa ciudad de Los Ángeles.

No todos los *hippies* predicán el amor.

Muchos de ellos, bajo el timón de las drogas, navegan por un río que inevitablemente desemboca en un mar de sangre. Diabólicas orgías. Ritos sangrientos. Y las víctimas elegidas son los ricos habitantes de Beverly Hills. Los lustrosos y odiados *pigs*, representantes del capitalismo.

Por ello no es de extrañar ver los lujosos *bungalows* convertidos en pequeñas fortalezas. Modelo base el rancho de Jerry Lewis, en el 322 de Saint Cloud Road, fortificado por alambrada electrificada y protegido su interior por una jauría de fieros perros.

Pero la muerte llega igualmente a Beverly Hills.

Inútiles todas las precauciones.

Cientos de víctimas al año brutalmente asesinadas. Fachadas con la palabra *pig* escrita con sangre. Aunque no siempre la muerte se disfraza de *hippie*.

Puede llegar de la forma más insospechada.

Estúpidamente.

Despanzurrado por un coche que no respeta el «paso cebra», infarto ante un partido de béisbol donde pierde el equipo favorito, un balazo en Vietnam...

Son muertes estúpidas.

Jennifer Ferdin no pensaba en la muerte.

Veintiocho años de edad. Rostro de extraordinaria belleza y un cuerpo que podía ser envidiado por la mismísima Venus. Famosa en el mundo del cine. Por dos veces candidata al Oscar, otorgado por la Academy of Motion Picture Arts and Sciences. Intérprete de películas de resonante éxito artístico y comercial...

No.

Las mujeres como Jennifer no pensaban en la muerte.

Cuando se tiene todo, no se piensa en ella.

Jennifer, en su *bungalow* de Beverly Hills, sonreía voluptuosa en el largo sofá. Luciendo un vaporoso *deshabillé* endiabladamente seductor. Sus erectos senos se delineaban, túrgidos y desafiantes. Sus piernas, de largos y esbeltos muslos al descubierto, en turbador espectáculo.

Un espectáculo que no era apreciado por el hombre que permanecía en el centro del salón.

—Una bonita broma, Warren. Magnífica broma de mi productor.

Warren Broswell frisaba en los treinta y cinco años de edad. Rostro anguloso y facciones carentes de energía. Sus carnosos labios acentuaban aquella falta de vitalidad. También sus ojos, semicultos por los caídos párpados, poseían una mirada huidiza.

—No te estoy hablando como productor, Jennifer; sino como tu marido.

—¿De verdad? Pides que abandone mi papel en *The vampire*, cuando llevo ya dos semanas de rodaje.

—También te pido el divorcio, Jennifer.

Los gordezuelos labios de Jennifer volvieron a sonreír, aunque la mueca era desmentida por el brillo de sus ojos. Sus manos tampoco ocultaron el leve temblor.

—¿Por qué, Warren? Quiero una explicación.

Warren Broswell depositó el vaso de *whisky* sobre el mueble-bar. Comenzó a pasear por el amplio salón. Tras demorar unos segundos la respuesta, se detuvo, encarándose a la mujer.

—¿Una explicación? ¿Acaso la necesitas? No, Jennifer. Sabes que nuestro matrimonio es un completo fracaso.

—Yo te amo y...

—¡Al diablo con eso! ¡No estás interpretando uno de tus papeles, Jennifer! Nuestro matrimonio fue un fracaso desde el principio. En estos dos años no hemos hecho más que soportarnos mutuamente. ¡Se acabó! Lo nuestro no fue una unión sentimental. El productor y la actriz. ¡Y también en ese aspecto hemos fracasado!

—Tú has fracasado, Warren.

Broswell rió en estridente y burlona carcajada.

—¿Eso crees? *Winter morning*, nuestra última película, tan sólo nos ha proporcionado pérdidas. También para ti ha llegado el ocaso, Jennifer. El público está cansado de verte. ¡Asqueado de ti!

—¡Mientes!

—No te resignas a la realidad, ¿eh? Tu época dorada paso, Jennifer. Has alcanzado la cumbre con facilidad. Igualmente descienes. Ya empiezas a rodar cuesta abajo. Y tú lo sabes. *Winter morning* fue el inicio de tu decadencia. Toda una gran superproducción para tu exclusivo lucimiento. Sí, Jennifer... Pérdidas. Cerca del millón de dólares. Quedé al borde de la ruina, y obligado a vender parte de la Cinema Broswell Films. > Yo, uno de los principales magnates de la industria cinematográfica americana, unido a Harold Hiller.

—No has resultado perjudicado de esa unión, Warren.

—¡Seguro! Todo igual. Tan sólo ha cambiado el nombre de la productora. Broswell&Hiller Pictures Corporation. ¡Y con Harold Hiller controlando la mayoría de las acciones!

—¿Es él quien ha sugerido mi sustitución?

—No, Jennifer. Fui yo. Y no ha sido una sugerencia, sino una orden. Ya no es necesario que acudas mañana a San Francisco para reanudar el rodaje. En cuanto a los trámites del divorcio, quiero iniciarlos cuanto antes.

Jennifer entornó sus ojos negros como el ágata. Brillantes, pese a las lágrimas que pugnaban por brotar.

—¿Quién me sustituye?

—Pamelyn Brown.

La tenue palidez que se reflejaba en las facciones de Jennifer desapareció. Enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

Dominada por la ira.

—¿Pamelyn? Ésa..., esa...

—Cuida las palabras, Jennifer. No digas algo de lo me más tarde puedes arrepentirte.

—Pamelyn es una vulgar *starlette*, de nulo arte.

Warren Broswell se encogió despreocupadamente de hombros.

—Es posible, pero para realizar una película como *The vampire* no resulta indispensable. El guión es bueno. Original en el trillado género de vampiros y similares. Terror y erotismo a grandes dosis. Pamelyn Brown es actualmente el *sex Symbol* del cine norteamericano.

—¿Por sus fotografías en el *Playboy*? ¿Por escandalizar en el último festival cinematográfico de San Francisco? ¿Por su flirtear con directores y productores?

—Hablas demasiado, Jennifer.

—¡Soy mejor que Pamelyn!

Broswell dibujó en su rostro una mueca de fastidio.

—Nadie lo duda, querida. Pero Pamelyn tiene veinte años. Y tú ya pronto pasarás de los treinta. Una buena diferencia, ¿verdad? Vamos a hacer de *The vampire* una de las películas más audaces de la historia del cine. Lindfords está recargando el guión, acentuando la truculencia y...

—Y la basura.

—¿Te das cuenta? —rió Broswell—. Tú no harías el papel. Te han encasillado como la sucesora de Doris Day. Tú disfrutas interpretando a la feliz ama de casa sin problemas y medio idiota. Para *The vampire* necesitamos otro tipo de mujer.

—Llevo dos semanas de rodaje.

—No es mucho. No nos ha importado destruir la cinta. Se empieza de nuevo, Jennifer. Sin ti.

—Puedes desembarazarte de mí como si fuera un paraguas viejo, ¿no es cierto, Warren? Con toda tranquilidad. No tenía firmado contrato. No era necesario, ya que el productor era mi marido.

—Lo seré por poco tiempo. Supongo no te negarás a concederme

el divorcio. Continuar juntos es absurdo.

—Por supuesto, Warren. Me casé enamorado de ti. Tal vez lo sigo estando, pero me resultaría imposible continuar ligada a un bicho como tú. Te has mostrado tal como eres. Repugnante. Sí, Warren. Accedo. Puedes babear ante Pamelyn con toda libertad.

—Gracias. Procuraré ser generoso con la pensión.

Jennifer se incorporó.

Su movimiento fue rápido.

Al quedar frente a Broswell le abofeteó el rostro. Respirando agitada. Haciendo que sus senos subieran y bajaran descompasados.

—¡No te necesito! ¡No quiero nada de ti!

Warren Broswell quedó inmóvil.

Lívido como un cadáver. Su única reacción fue forzar una sonrisa. Contempló despectivamente a la mujer.

—Haré que acudas ante mí de rodillas, Jennifer. Nadie te proporcionará trabajo. Ni el más insignificante papel secundario. Yo haré que todas las puertas se cierren ante ti. Aunque... tal vez no sea necesario. Ya caminas por la pendiente, Jennifer. Pronto tu nombre será tan sólo un vago recuerdo. Puedes permanecer en Beverly Hills. La casa está a tu nombre. Aquí recibirás la visita de mi abogado para tramitar el divorcio. Adiós, Jennifer.

Broswell giró.

Se encaminó hacia el *living*.

Jennifer fue tras él.

Con el rostro desencajado y dando rienda suelta a su ira.

—¡No lo conseguirás, Warren! ¡Nadie logrará hundirme! ¡Demostraré que Jennifer Ferdin no está acabada!

Broswell no se dignó responder.

Ya en el *living*, abrió la puerta que conducía al exterior. Sin volver la mirada, abandonó el *bungalow*.

Cerrando de brusco portazo.

Jennifer comenzó a golpear con los puños la hoja de madera.

Sus gritos se fueron haciendo menos audibles para terminar en ahogado sollozo. En ronca súplica.

—Warren..., no me abandones...

Pero ya nadie podía escuchar aquella súplica.

Jennifer, con lento y vacilante paso, retomó al salón.

Las lágrimas habían trazado caprichosos surcos en su rostro,

acentuados por el maquillaje. Se dejó caer en el sofá, no sin antes apoderarse de la botella de «White Horse» depositada sobre el mueble-bar.

Comenzó a beber.

En la cercana mesa, una cajetilla de «L&M».

Quedó con los ojos cerrados.

Ignoraba el tiempo transcurrido, pero el *whisky* había descendido en su nivel, y cuatro colillas reposaban sobre el cenicero de cristal.

¿Una hora?

¿Dos?

Aquel leve ruido le hizo abrir los ojos.

Por un instante, creyó haberlo imaginado, pero volvió a repetirse.

Un ruido semejante a unas tenues pisadas.

Procedentes de la habitación contigua. La correspondiente al despacho-biblioteca de Broswell. Donde estaba la caja fuerte.

Jennifer se incorporó del sofá.

Verídicas historias de crímenes acudieron a su mente. Los robos y asesinatos estaban a la orden del día en Beverly Hills.

El miedo se apoderó de Jennifer.

Fue ese mismo miedo el que la impulsó a actuar. Se encaminó hacia uno de los muebles del salón. De uno de los cajones extrajo la pistola. Una «German Luger» propiedad de Broswell.

Quitó el seguro.

Volvió a oír aquellas misteriosas pisadas. También el sonido de una silla al ser arrastrada.

No había duda posible.

Procedían de la habitación contigua al salón.

Jennifer se encaminó hacia allí con lentitud. Empuñando con temblorosa mano la «German Luger».

Empujó la puerta que conducía al despacho. La estancia, aunque sumergida en la oscuridad, quedó débilmente bañada por la luz procedente del salón. Envuelta en penumbras.

Jennifer descubrió aquella fantasmagórica sombra junto a la caja fuerte, situada tras uno de los cuadros que adornaban la estancia.

La sombra, al verse delatada, avanzó hacia Jennifer.

Con tranquilidad e indiferencia.

Jennifer apretó el gatillo.

La detonación resonó con estruendo, haciendo que la sombra se detuviera.

Vacilante.

Se escuchó un ahogado estertor. La fantasmagórica sombra dio un traspié, cayendo pesadamente.

Jennifer acciono el mando de la luz.

Un desgarrador grito escapo de su garganta.

Allí a sus pies, yacía Warren Broswell.

Con los brazos en cruz. Con los ojos desorbitados en una mueca de estupor. Con un rojo orifico en la frente...

CAPÍTULO PRIMERO

Harry Brennan boqueó, lívido.

Sintiendo que el aire no llegaba a sus pulmones.

Los dos hombres le inmovilizaban, atenazando con fuerza sus brazos para que el bastardo de Castle pudiera machacarle a placer.

Una y otra vez.

Sin piedad.

Los puños del sargento Castle le golpeaban sistemáticamente en el estómago.

Jamás en el rostro.

No quería dejar huellas visibles.

Castle tenía el feo aspecto de un *bulldog* sarnoso. Respiraba jadeante, dejando que el sudor resbalara por su grasiento rostro.

Terminó propinando un salvaje patadón al bajo vientre de Brennan.

—Ya podéis soltarle.

Los dos hombres obedecieron.

Harry Brennan se desplomó de bruces.

El sargento rió como una hiena, al inclinarse sobre el caído. Le atrapó por el pelo, alzando su cabeza.

—¿Puedes oírme, Harry?

Brennan no contestó. Hizo acopio de fuerza para poder escupir al rostro de Castle. Éste correspondió soltándole un rechazazo en el costado.

—Bien, Harry. Eres un fulano resistente. Lo de hoy carece de importancia. Si entregas el *dossier*, pagarás con la vida. Morirás atropellado por el *subway* o caerás desde el Empire State. Nosotros haremos que sufras un... accidente.

Harry Brennan forzó una dura sonrisa.

—Ya... es tarde, Castle. El alcalde ya estará estudiando el

dossier. Con la relación de sucios policías que se dejan sobornar por la Mafia... Tú encabezas la lista, sargento.

—Mientes.

—Dentro de unas horas tendrás la respuesta, Cusirle. Pronto se iniciará la caza de los corrompidos. De los hijos de perra indignos de poseer placa de policías. De los...

—¡No has entregado el *dossier*! ¡Estás mintiendo!

Casttle comenzó a propinar salvajes puntapiés al caído.

Uno de sus hombres intervino:

—Tal vez diga la verdad, Casttle. Debemos ponernos en contacto con nuestros enlaces.

—¡Maldito!... Se está tramitando la retirada de tu licencia, Harry. No podrás ejercer en todo el estado de Nueva York.

Harry Brennan, doblado en dos y con el rostro desencajado por el dolor, rió, exasperando al sargento.

—¿Por qué no te preocupas de tus propios problemas, Casttle? Tú sí estás en dificultades.

Casttle pareció aceptar el consejo. Hizo una significativa seña a sus dos hombres para, acto seguido, abandonar la estancia.

Brennan permaneció en el suelo.

Durante largos minutos.

Con los ojos cerrados.

Un lacerante dolor dominaba su cuerpo, Paulatinamente, recuperó fuerzas, logrando incorporarse. Su primer acto fue abrir uno de los cajones de la mesa escritorio. Allí tenía una botella de «Johnny Walker» a medio consumir. Se aplicó el gollete a los labios, bebiendo largamente. El *whisky* pareció reanimarle.

Encendió un «Pall Mall».

Con el cigarrillo en los labios, fue hacia la estancia contigua. Allí se hallaba el dormitorio. Aquel apartamento lo utilizaba como despacho y vivienda. Los detectives privados con lujosos despachos en la Quinta Avenida neoyorquina sólo se dan en las novelas.

Harry Brennan se conformaba con aquel apartamento de Asher Street.

Se despojó de la ropa para proporcionarse una ducha fría. También se aplicó linimento por algunas partes del cuerpo. Estaba acostumbrado a recibir golpes. Desde los catorce años deambulaba sólo por las calles de Nueva York. Luchando en la jungla de asfalto.

Aquello endurecía el cuerpo.

También el corazón.

Harry Brennan se contempló en el espejo.

Frisaba en los treinta años de edad. Pelo negro y abundante. Frente alta. Cejas poco pobladas, nariz recia, labios de fino trazo y barbilla firme, acusando duro carácter. De complexión atlética y de una estatura próxima a los siete pies.

Se ajustó un ligero jersey de cuello de cisne y pantalones azul piloto. Volvió de nuevo al despacho.

En el momento en que sonaba el timbre del teléfono.

Harry Brennan se dejó caer en el sillón giratorio, atrapando el auricular.

—¿Sí?

—¿Harry?

El detective reconoció la voz.

Le hablaba el inspector Adams.

—Yo soy. ¿Qué hay, Adams?

—Ya hemos iniciado la redada, muchacho. Has realizado un magnífico trabajo. Al descubrir la culpabilidad del mañoso Demicheli han salido a relucir muchos trapos sucios. Buscamos a Castle.

—Acaba de abandonar mi despacho.

—¿Ha estado ahí?

—Seguro. Quería convencerme para que no presentara el *dossier*. Me atizó una buena paliza.

—Presenta la denuncia, Harry. Vamos a...

—¡Al diablo con ese bastardo! —interrumpió Brennan—. Ya está hundido. Lo único que me interesa es mi licencia, Adams. Quiero recuperarla.

—Por supuesto, muchacho. Castle inició los trámites para retirártela. Presentó pruebas contra ti. Ignorábamos qué clase de bicho temamos en nuestro propio departamento. Dentro de un par de semanas tendrás de nuevo la licencia en tu poder. ¿Satisfecho?

Brennan apretó con fuerza las mandíbulas.

También su diestra aferró el micro, aumentando la presión.

—¿Dos semanas? ¿De qué vivo, mientras tanto?

—¿No tienes ahorros?

Brennan dedicó una fea palabra a la madre del inspector.

—Oye, Adams. El asunto de Demicheli no me ha proporcionado beneficio alguno. Mi cliente fue asesinado, y olvidé cobrar mis honorarios por adelantado.

—Has descubierto a su asesino. Demicheli ya está en nuestro poder. La sociedad te pagará los servicios prestados.

—Gracioso.

—Harry... Escucha con atención. La Mafia no perdona. Les has asestado un duro golpe. No sólo por la detención de Demicheli, sino por desenmascarar a los policías que aceptaban sobornos. Te buscarán las cosquillas, Harry. ¿Por qué no te largas de vacaciones a Miami?

—Quiero mi licencia, Adams. Cuanto antes.

A través del micro, se escuchó el resoplar del inspector.

—*Okay*, muchacho. Estaba seguro de que no aceptarías mi consejo. Te llamaré cuando todo quede solucionado. Hasta pronto.

Brennan colgó el auricular.

Encendió un segundo cigarrillo, permaneciendo en actitud pensativa.

El consejo de Adams era bueno. El Sindicato del Crimen actuaría de inmediato. Buscaría venganza.

Sí.

Lo prudente era desaparecer durante una temporada de Nueva York.

Pero..., ¿adónde ir?

Los detectives forrados de dólares también se dan únicamente en las novelas policíacas.

El timbre de la puerta del apartamento interrumpió los pensamientos de Brennan. Éste se incorporó del sillón, acudiendo a la antesala.

Abrió la puerta.

—Hola, Harry.

El detective parpadeó repetidamente, reflejando su rostro una mueca de estupor y sorpresa.

—Jennifer...

—¿Puedo pasar?

—¡Por supuesto! ¿Qué haces en Nueva York? Es una verdadera sorpresa verte por aquí.

Harry Brennan rodeó con el brazo derecho los hombros de la

mujer, conduciéndola hasta el despacho. Sonrió a la vez que le dirigía una penetrante mirada.

—Cada día más guapa, Jennifer. Vi tu última película hace un par de meses.

—¿De veras?

—*Winter morning*. Me gustó mucho, aunque a decir verdad sólo acudí por verte a ti.

Jennifer sonrió tristemente.

Lucía un severo traje chaqueta de elegante corte. Pese al maquillaje de su rostro, no podía ocultar la palidez de sus facciones. Sus ademanes eran nerviosos. Quedaron al descubierto encendiendo un cigarrillo.

Brennan se percató de aquel temblor de manos.

—¿Desde cuándo estás en Nueva York?

—Acabo de llegar. En el primer vuelo procedente de Los Ángeles.

—¿Te acompaña Warren?

Jennifer entornó sus negros ojos.

Con la mirada fija en el detective.

—Warren ha muerto, Harry. Yo le maté.

CAPÍTULO II

Harry Brennan, acomodado tras su mesa escritorio, dirigió una inquisitiva mirada a la mujer. Esbozó una sonrisa en sus finos labios. No parecía haberle impresionado la declaración de Jennifer.

—Tengo aquí el *Daily News* y el *New York Times*. Ninguna noticia sobre el asesinato del famoso productor Warren Broswell. ¿Acaso debo esperar al vespertino *New York Post*?

—No estoy bromeando, Harry. Yo disparé sobre Warren.

—¿Cuándo?

—Ayer noche. En nuestro *bungalow* de Beverly Hills.

—¿Por qué le mataste?

—Yo... yo...

Jennifer rompió en ahogado sollozo.

Toda su entereza y aplomo se derrumbaron. Ocultó el rostro entre sus manos, dando rienda suelta a su llanto y angustia. Temblando convulsiva, presa de gran excitación nerviosa.

Brennan la contemplaba en silencio.

Sin intentar consolarla.

Únicamente extrajo del cajón de la mesa la botella de *whisky*. En un vaso, que no se molestó en limpiar, sirvió tres dedos de líquido.

—Bebe esto. Jennifer.

La mujer obedeció, sumisa.

Sus sollozos se hicieron más pausados, y las lágrimas dejaron de brotar de sus ojos. También normalizó su entrecortado respirar.

—Necesito tu ayuda, Harry..., necesito tu ayuda...

—¿Qué ha ocurrido, Jennifer? Cuéntame todo con detalle.

—Yo estaba descansando en Beverly Hills. Actualmente ruedo una película en San Francisco, y el director interrumpió el trabajo hasta hoy. Por eso decidí marchar a Los Ángeles. Warren se presentó ayer en Beverly Hills. Yo no le esperaba, puesto que debía

permanecer en San Francisco conversando con su socio Harold Hiller. El motivo de su visita era importante, Harry. Quería el divorcio.

Brennan arqueó las cejas.

—¿Divorciarse de ti?

—Sí. También me comunicó que había sido reemplazada por Pamelyn Brown para el rodaje de la película. Discutimos acaloradamente y...

—¿Disparaste por eso?

—¡No!... ¡No!... ¡Yo amaba a Warren! ¡Jamás le haría daño alguno! El dijo que nuestro matrimonio había fracasado, y que quería el divorcio. Aquello, unido a lo de ser sustituida por Pamelyn, me enfureció. Nos insultamos, y Warren abandonó el *bungalow*. Quedé sola en el salón. Ignoro el tiempo que transcurrió hasta que escuché unos ruidos en el despacho de Warren. Tuve miedo, y me apoderé de la pistola. Al abrir la puerta, pude ver la sombra de un hombre junto a la caja fuerte. Entonces... entonces disparé.

—¿Te atacó ese hombre?

—No..., avanzó tranquilamente hacia mí. Yo... yo estaba aterrada, y apreté el gatillo. Al encender la luz...

—Era Warren Broswell.

—Sí... ¡Oh, Dios mío!... ¡No sabía que era él, Harry!...

¡No lo sabía!

—¿Cómo pudo penetrar en el despacho?

—Warren tenía las llaves de la casa.

Brennan quedó unos segundos en silencio. Encendió un cigarrillo con maquinales movimientos. Sin apartar los ojos de la mujer.

—Estuve una vez en tu *bungalow* de Beverly Hills. Hace un par de años. Poco después de tu boda con Warren. Creo recordar que fue para celebrar tu candidatura al Oscar. También creo recordar que para entrar en el despacho había que atravesar el salón. ¿Me equivoco?

—No...

—¿Cómo fue que no viste pasar a Warren?

—Yo..., al marchar Warren, comencé a beber. Permanecí con los ojos cerrados. Tal vez medio dormida.

—Bien. Supongamos que Warren penetró en el *bungalow*, en

busca de algo guardado en la caja fuerte. Al imaginarte dormida, pasó directamente al despacho, sin querer molestarte. Tú ignorabas su presencia en la casa. Por eso te apoderaste de la pistola. ¿Pronunció Warren alguna palabra?

—No. Se limitó a avanzar hacia mí. Fue eso lo que me llenó de terror, y disparé.

—¿Murió en el acto?

—Sí... La bala le alcanzó en la frente. Cayó sin vida. Con los ojos abiertos... ¡Fue horrible!... ¡Horrible!...

Jennifer volvió a ocultar el rostro entre sus manos.

—Supongo que has dado aviso a la policía.

—No.

El brillo en los ojos de Brennan se acentuó.

Sus facciones se endurecieron.

—¿Por qué? ¿No lo comprendes, Jennifer? Fue un accidente. Un lamentable y desgraciado accidente del que no eres culpable. No te acusarían de matar deliberadamente a Warren, pero ahora... ¿Por qué diablos lo has hecho? ¿Por qué no avisaste a la policía? ¡Maldita sea! Acudir aquí, a Nueva York, perdiendo un tiempo precioso... ¿Cómo puedo ayudarte? ¡Tú misma te has sentenciado, al ocultar la muerte de Warren!

—No podía, Harry..., no podía avisar a la policía.

—¿Por qué?

—Al descubrir a Warren sin vida, retrocedí, aterrorizada. Permanecí junto a la puerta. Contemplándole como hipnotizada. Dominando mi angustia, me incliné sobre él. Aun con la bala en la frente, tenía la vana esperanza de que estuviera con vida, pero ni su pulso ni su corazón respondieron. Quedé anonadada. Incapaz de reaccionar. Regresé al salón. Con la mirada fija en la pistola aún humeante. Para calmar mis nervios, encendí un cigarrillo.

—¿Por qué, Jennifer? —volvió a interrogar Brennan duramente—. ¿Por qué no avisaste a la policía?

La mujer no pareció oír al detective.

Prosiguió hablando, con trémula voz:

—Estaba aturdida... Al terminar el cigarrillo, creo que volví a ser dueña de mis actos, comprendiendo la gravedad de lo ocurrido. Yo no era culpable. Había sido un accidente, y nada tema que temer. Por eso decidí avisar a la policía.

—¿Y bien?

—Acudí de nuevo al despacho para telefonear.

Jennifer se interrumpió.

Su rostro reflejó un indescriptible terror. Sus negros ojos estaban dominados por el miedo. Por un miedo sobrenatural.

—¿Qué ocurrió, Jennifer? ¿Qué te impidió telefonear a la policía?

—Warren.

—¿Warren? No comprendo...

—Warren ya no estaba allí, Harry. Su cadáver había desaparecido.

CAPÍTULO III

Harry Brennan también se sirvió un vaso de *whisky*.

Lo necesitaba.

Encendió el enésimo cigarrillo, exhalando una bocanada. Entre la azulada cortina de humo, contempló fijamente a la mujer.

—Estás rodando *The vampire*, ¿no es cierto, Jennifer? Imagino el argumento. Muertos, sangre, tumbas que se abren... Tema apropiado para sufrir pesadillas.

—Lo mío no fue una pesadilla, Harry.

—¡Maldita sea! ¿No comprendes lo absurdo de tu relato? ¡Si la bala alcanzó a Warren en la frente, no pudo levantarse y desaparecer!

—Lo sé. Warren estaba muerto.

—Ajá. ¡Y los muertos no andan!

—Tal vez alguien se llevó el cadáver.

Brennan inspiró profundamente, dejándose caer de nuevo en el sillón giratorio. Sus ojos seguían fijos en Jennifer.

—¿Por qué iban a llevarse el cadáver?

—Lo ignoro.

—Un cadáver es un feo estorbo. Recapacitemos fríamente, Jennifer. Vamos a dar por cierta la historia. Tú disparaste contra Warren, confundiéndole con un ladrón.

Al encender la luz, le viste en el suelo. Con sangre en la frente. Aquello te hizo retroceder, aterrorizada, hacia el salón. Warren no estaba muerto. La bala le rozó la frente, trazando un surco de sangre. Cuando recuperó el conocimiento, tal vez aturdido y sin capacidad de reacción lógica, abandonó el *bungalow*.

Los labios de Jennifer dibujaron una amarga sonrisa.

—Daría todo cuanto tengo porque esa historia fuera cierta, pero desgraciadamente no lo es. Warren no tenía un surco sanguinolento en la frente, sino un escalofriante orificio. Permanecía con los ojos

abiertos, desorbitados..., sin pestañear. Me incliné sobre él, consultando su pulso y corazón. Si Warren estuviera con vida, no abandonaría la casa. Tu hipótesis de que fuera incapaz de reaccionar y actuara como un sonámbulo queda descartada. Para salir del *bungalow* tenía que pasar forzosamente por el salón. Y yo estaba allí.

—También lo estabas cuando entró, ¿no es cierto?

—Tal vez me dormí, pero, tras ocurrir la tragedia, deambulé por el salón como una fiera enjaulada. Con la mirada fija en la puerta del despacho.

—Entonces..., ¿cómo diablos se llevaron el cadáver?

—No lo sé, Harry..., no lo sé... ¡No lo sé!

—Tranquilízate. Todo debe tener una explicación lógica.

—Ayúdame, Harry. Eres mi amigo, ¿verdad? Ayúdame... Sólo tú puedes hacerlo. Sólo en ti puedo confiar.

Brennan le dirigió una animosa sonrisa.

Habían transcurrido ya más de quince años desde la primera vez que vio a Jennifer. Al igual que él, habitaba en una de las sucias callejuelas de East River. Recordaba a su padre. Un viejo borracho cuya única diversión era propinar brutales palizas a Jennifer y su madre. Jennifer tuvo suerte. A la edad de quince años se presentó a un concurso de belleza patrocinado por una empresa comercial. La ganadora posaría para los almanaques publicitarios de la firma comercial. Algo similar a lo de Marliyn Monroe y su famoso calendario.

También para Jennifer, a partir de entonces, llegó la fama. Realizó varios anuncios para televisión, y más tarde se le abrían las puertas del cine.

Sí.

La infancia fue amarga.

De seguro aún no había olvidado la miseria de East River. Las borracheras de su padre, las palizas, el hambre, la muerte de su madre, por falta de cuidados médicos...

Harry Brennan también había vivido aquella amarga y dura experiencia.

Y no había olvidado.

—Por supuesto que soy tu amigo, Jennifer.

—¡Entonces, ayúdame, Harry!... ¡Te lo suplico! Temo volverme

loca. Warren estaba muerto. A mis pies. Sobre un charco de sangre. Alguien se llevó el cadáver. ¿Por qué lo han hecho? ¿Qué intentan?

—Encontraremos la respuesta a esas preguntas, Jennifer.

—Sé que eres uno de los mejores detectives de Nueva York. Te pagaré bien. Lo que tú digas...

—Olvida eso ahora.

—¿Regresarás conmigo a Los Ángeles?

Brennan quedó pensativo.

No dudaba en ayudar a Jennifer.

Únicamente lamentaba abandonar tan precipitadamente Nueva York. Los de la Mafia le tacharían de cobarde. Y Harry Brennan no tenía miedo a nada ni a nadie. Hubiera deseado permanecer en Manhattan y enfrentarse a los hijos de perra pertenecientes al Sindicato del Crimen.

Pero Jennifer le necesitaba.

También el caso, la sorprendente y misteriosa desaparición de Warren Broswell, le interesaba.

—De acuerdo, Jennifer. Tengo verdadera curiosidad por echar un vistazo a tu *bungalow* de Beverly Hills.

—Gracias, Harry..., gracias...

—¿En qué hotel te hospedas?

—Vengo directamente del aeropuerto. Allí me he informado de la salida de un vuelo *charter* con destino a Los Ángeles. Esta misma noche.

—Necesitas descanso, Jennifer. Has permanecido más de cinco horas en avión. Realizar otra vez el viaje...

—Por favor, Harry... No podría descansar. No tendré paz hasta descubrir la verdad de lo ocurrido. Quiero regresar cuanto antes a Los Ángeles.

Brennan sonrió, resignado.

—Bien. Mientras preparo mi equipaje, telefonea al aeropuerto reservando dos plazas para ese vuelo nocturno.

El detective se encaminó hacia la puerta que conducía al dormitorio. Le detuvo la voz de Jennifer:

—Harry...

—¿Sí?

—Al llegar a Los Ángeles, sería conveniente acudir a la policía. Les diré todo lo ocurrido. La muerte de Warren fue un accidente.

Brennan entornó los ojos.

Demorando unos segundos la respuesta.

—Ya es demasiado tarde para eso, Jennifer. Denunciar la muerte de Warren con más de veinticuatro horas de retraso resulta sumamente sospechoso. Te acusarían de homicidio premeditado y de ocultar el cadáver.

—Pero yo no...

—No podemos denunciar la muerte de Warren. Algo extraño ha ocurrido, Jennifer. Algo... diabólico. Acudiremos a la policía a su debido tiempo. Cuando hayamos descubierto la verdad de lo ocurrido.

—Antes me reprochaste el no haber dado aviso a la policía.

Brennan sonrió.

—Y lo mantengo. Tu error fue no llamar de inmediato, pero ahora... No, Jennifer. Sería contraproducente. Existe algo oscuro y misterioso en todo esto. Ahora no podemos denunciar la muerte de Warren Broswell. Nos falta lo principal. Nos falta el cadáver.

CAPÍTULO IV

El vuelo *charter* Nueva York-Los

Ángeles efectuó su recorrido en el tiempo mínimo de cinco horas y diez minutos. Dado que el aeropuerto internacional de Los Ángeles dista veintidós kilómetros de la ciudad, trayecto acentuado por el deseo de acudir a Beverly Hills, el viaje se prolongó.

Un taxi les condujo bordeando Culver City, en dirección a las famosas Beverly Hills.

El *bungalow* de Jennifer estaba situado en el 1012 de Rhodes Street. En plena zona residencial del barrio Alison. En una amplia avenida, escoltada a ambos lados por frondosos árboles.

Las primeras luces del alba hacían su aparición.

El coche se detuvo.

Harry Brennan abonó la carrera, despidiendo al conductor. Portaba en su mano derecha una valija de reducidas dimensiones. Había preparado el equipaje con lo más imprescindible.

Jennifer quedó rígida frente a la verja de entrada.

El sueño la había vencido durante el vuelo. El breve descanso relajó sus nervios; pero ahora, al encontrarse próxima al *bungalow*, de nuevo la palidez se apoderó de su rostro.

El terror volvió a reflejarse en sus negros ojos.

Harry Brennan le rodeó protectoramente los hombros.

La mujer esbozó una sonrisa, sintiéndose más protegida. De su bolso de mano extrajo un llavero. Con una de las llaves abrió la enrejada puerta. El *bungalow* estaba cercado por una muralla de poca altura. Un asfaltado sendero, de amplitud suficiente para el paso de un vehículo, atravesaba el jardín en dirección a la vivienda. Contiguo al *bungalow*, el garaje particular. Más a la izquierda, un pequeño invernadero. También se veía una ovalada piscina.

La mano derecha de Jennifer tembló visiblemente al intentar introducir una de las llaves en la puerta de entrada al *bungalow*.

Fue incapaz.

Su nerviosismo hizo caer el llavero.

Harry Brennan se inclinó.

Fue él quien abrió la puerta de entrada y encendió la luz del *living*.

—Harry..., tengo miedo..., yo...

—Estoy contigo, Jennifer. Nada tienes que temer. Vamos...

Llegaron al salón.

Uno de los cajones del mueble permanecía abierto. Sobre la mesa que se alzaba en el centro de la estancia estaba la pistola.

Una «German Luger».

—¿Es ésa la pistola, Jennifer?

—Sí...

Harry Brennan se apoderó del arma, procediendo a un minucioso examen. Extrajo el cargador. Faltaba una bala. Al inspeccionar el cañón, comprobó que la pistola había sido utilizado recientemente.

—¿Siempre estaba cargada?

—Warren lo prefería. Continuamente se cometen robos y crímenes en Beverly Hills. La pistola siempre contaba con munición. La única medida de precaución era el seguro. Yo lo quité.

—Bien. Vamos al despacho.

Be nuevo la angustia y el miedo se reflejaron en Jennifer. No obstante, ninguna palabra brotó de sus labios. Con lento y vacilante paso, fue tras Brennan.

El detective empujó la puerta que conducía al despacho-biblioteca.

Por el ventanal, protegido por transparentes cortinajes, se filtraba ya la claridad del nuevo día.

Harry Brennan empuñó los ojos, dirigiendo una inquisitiva mirada por la estancia.

—¿Has tocado algo tras la muerte de Warren?

—No... Nada. Cuando descubrí la desaparición del cadáver, corrí, aterrada, hacia el dormitorio. Minutos más tarde, abandonaba el *bungalow* en dirección al aeropuerto. Allí permanecí hasta la salida del avión con destino a Nueva York. Sólo tú podías

ayudarme. Por eso decidí el viaje.

Brennan no hizo ningún comentario.

Sus ojos continuaban escudriñadores.

Casi junto a la puerta, a poca distancia de la mesa escritorio, se veía una mancha de sangre. En una de las paredes destacaba un cuadro. Una artística copia del pintor norteamericano John Sloan. Tras el cuadro se descubría la empotrada caja fuerte.

Abierta.

Harry Brennan se aproximó lentamente.

—¿Fue aquí donde descubriste a Warren? ¿Junio a la caja fuerte?

—Sí... Era una borrosa sombra. No pude distinguir sus facciones.

—Entonces avanzó hacia ti. —Brennan inició unos cortos pasos en dirección a la mujer—. ¿Cuándo disparaste? ¿Aquí?

—Un poco más adelante... Ahora.

Brennan se detuvo.

Jennifer permanecía bajo el umbral.

—Y tú estabas ahí, ¿no es cierto, Jennifer? Sin entrar en el despacho.

—Sí. Quedé como paralizada.

—De acuerdo. No te muevas.

Harry Brennan fue hacia el ventanal, haciendo bajar la persiana. La estancia quedó en la oscuridad. Únicamente iluminada por la claridad que llegaba del salón.

El detective volvió sobre sus pasos hasta detenerse en el lugar indicado anteriormente por la mujer.

—¿Puedes ver mi rostro, Jennifer?

—Pues... no.

—Tu figura sí se recorta, nítida, bajo el umbral. La luz te llega por la espalda. Sin embargo, Warren tuvo que verte.

—Por eso avanzó tranquilamente hacia mí.

Los ojos de Brennan brillaron en la oscuridad.

Corno los de un gato.

—¿Tranquilamente, mientras le encañonabas con una «German Luger»?

—Tal vez no vio la pistola.

—Tuvo que verla, Jennifer. De seguro creyó que tú también

podías distinguirle a él. Por eso fue a tu encuentro con absoluta tranquilidad. Lo extraño es que no pronunciara palabra alguna.

Brennan volvió hacia la ventana, alzando la persiana. También corrió los cortinajes, la luz se filtró con fuerza. Los incipientes rayos del sol hicieron su aparición.

Harry Brennan quedó rígido.

Coa la mirada fija en el ventanal. Sobre el marco había descubierto una pequeña mancha.

Una mancha de sangre reseca.

—¿Qué ocurre, Harry?

Brennan, sin responder a la pregunta formulada por la mujer, levantó la hoja de vidrio. La ventana, en uno de los laterales del *bungalow*, comunicaba con el jardín. Desde allí era visible el invernadero.

—Fíjate en esto, Jennifer.

La mujer contempló la rojiza mancha.

—¿Es... sangre?

—Sí, Jennifer. Sangre.

La palidez, que no había abandonado el rostro de Jennifer, se acentuó. El miedo también seguía reflejado en sus negros ojos.

—Pero Warren no pudo llegar hasta aquí. Estaba muerto, Harry. ¡Muerto! ¡La bala le alcanzó en la frente! Yo permanecí unos minutos inclinada sobre él, desesperada por encontrar un soplo de vida...

—Warren no se levantó ni caminó hacia la ventana. Ya te he dicho que los muertos no andan. Además..., ¿por qué iba a salir por la ventana? Fue arrastrado por alguien, Jennifer. ¿Ves esas dos líneas débilmente marcadas en la alfombra? Han sido dejadas por los zapatos de Warren, al ser arrastrado. El cadáver fue depositado momentáneamente sobre el marco de la ventana. El misterioso visitante saltó al jardín en primer lugar, y luego volvió a arrastrar a Warren.

—¿Por qué? ¿Por qué se llevó el cadáver?

—Eso es lo que tenemos que averiguar, Jennifer. Un cadáver no es una figura decorativa. ¿Para qué diablos lo quieren?

—Dios mío... Creo que sería conveniente llamar a la policía.

Brennan sonrió fríamente.

—¿Sí? ¿Qué piensas decirles? ¿Qué vas a denunciar? ¿La muerte

de Warren o su desaparición? Es preferible esperar, Jennifer. ¿Has comprobado si falta algo de la caja fuerte?

—No.

—¿Guardaba dinero?

—No creo. Warren frecuentaba poco el *bungalow*. Yo sólo acudía en algún *week-end* o cuando se producían descansos en el rodaje. A Warren no le gustaba Beverly Hills.

—¿Cómo son las relaciones, con Harold Hiller?

Jennifer parpadeó, algo sorprendida por la pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy muy al corriente de lo que ocurre en el mundo del cine, pero la unión de Broswell con Harold Hiller sí llegó a mis oídos. Se creó la Broswell&Hiller Pictures Corporation, ¿no es cierto?

—Nuestra última película no resultó productiva, y Warren se vio obligado a esa asociación con Hiller. Las relaciones son algo... tirantes. Warren era muy orgulloso. Buscar la ayuda económica de Harold Hiller le desmoralizó. Ahora, todos estábamos muy entusiasmados con *The vampire*. Se había contratado al mejor director y a los más cotizados actores, principales y secundarios. El guión de Dean Lindfords, basado en una de sus propias novelas, era magnífico. La obra fue auténtico *best-sellers* el pasado año. Va a ser una gran superproducción, Harry. Un presupuesto fabuloso. Desorbitante. Magistral. El público está acostumbrado a las películas de Peter Cushing, Christopher Lee, Terence Fisher... Nosotros vamos a ofrecerle algo jamás realizado hasta la fecha.

—Warren te dejó fuera del programa.

Jennifer inclinó la cabeza.

—Tienes razón... He sido sustituida por Pamelyn Brown. Aunque ya nada me importa. Warren ha muerto, y con él, todo termina para mí.

Quedaron en silencio.

Harry Brennan extrajo su cajetilla de tabaco. Encendió el cigarrillo con maquinales movimientos. Sus ojos volvieron a recorrer la estancia, concluyendo la mirada en Jennifer.

—Debemos ir a San Francisco. Creo que allí encontraremos la respuesta a todo.

—No comprendo... ¿Por qué dices eso?

Brennan sonrió.

—Aquí nos encontramos en un callejón sin salida. Quiero conocer el mundo donde Warren se desenvolvía habitualmente. Hablar con Harold Hiller y preguntarle los motivos de tu sustitución por Pamelyn Brown.

—Fue idea de Warren.

—¿Te lo dijo él?

—Sí. Yo no servía para el papel.

—Me gustaría conocer la opinión de Hiller y la del director de la película. También descubrir la influencia de esa Pamelyn para que Warren accediera a concederle el papel principal.

—¿Qué les diré, cuando me pregunten por Warren?

Brennan dudó unos segundos.

Exhaló una bocanada, dejando que el humo se deslizara por sus inexpresivas facciones.

—Ni una sola palabra de lo ocurrido. Muestra, también, extrañeza por la ausencia de Warren.

—¿Estamos actuando bien, Harry? —inquirió Jennifer, aprisionando con ambas manos el brazo derecho del detective.

—No lo sé, Jennifer. Actuamos de la única forma que podemos hacerlo. Más adelante, según el resultado de mis pesquisas, cambiaremos de táctica. Entonces sí buscaremos la ayuda de la policía. Reconozco que lo lógico sería acudir ahora mismo, pero la misteriosa desaparición del cadáver nos lo impide. Hay algo extraño en todo esto, Jennifer. Esperemos los acontecimientos. No podemos hacer otra cosa.

—Lo que tú digas, Harry.

—Bien. Empezaremos viaje a San Francisco cuanto antes. ¿Tienes coche aquí?

—Es el de Warren. Yo llegué en avión. Varias horas de carretera se me hacen interminables.

—*Okay*. Hasta el mediodía no hay vuelo a San Francisco. Yo me encargaré de los pasajes. Tú, mientras tanto, procura descansar. Te avisaré un par de horas antes de la salida del avión.

—Yo no...

—Es una orden —interrumpió Brennan, con una sonrisa—. Llevas dos noches sin dormir, Jennifer. Necesitas descanso. ¿De acuerdo?

La mujer asintió con débil sonrisa.

Efectivamente, su bello rostro reflejaba profundo cansancio. Abandonó el despacho, cruzando el amplio salón en dirección a uno de los dormitorios.

Harry Brennan, al quedar solo en la estancia, se encaminó hacia la caja fuerte. Descubrió allí depositados varios documentos, así como un fajo de billetes. Mentalmente, calculó alrededor de los dos mil dólares. Procedió a examinar los documentos. Algunos de ellos, relacionados con la nueva casa productora Broswell&Hiller Pictures Corporation.

Concluido el examen, se inclinó sobre la alfombra del despacho.

También allí se dibujaban manchas de sangre. Harry Brennan acudió junto al ventanal. El marco era amplio, aunque insuficiente para permitir el paso de un hombre portando un cadáver.

Trató de reconstruir lo ocurrido.

Desde el principio.

Imaginando una posible hipótesis.

Warren Broswell regresó a la casa acompañado de otra persona. Al pasar al salón, vio a Jennifer semidormida en el sofá. Sin despertaba, se encaminó hacia el despacho. Tal vez debía entregar algún documento a su misterioso acompañante. Por eso abrió la caja fuerte. Aunque...

¿Por qué diablos no encendió la luz del despacho? ¿Para no despertar a Jennifer? ¿Para que ésta no descubriera la presencia de su acompañante? Jennifer se aproximó, empuñando una pistola.

Y Broswell, sin pronunciar palabra alguna, avanzó tranquilamente hacia ella. Sin sospechar que caminaba hacia la muerte.

Jennifer disparó.

Al encender la luz..., ¿dónde estaba el supuesto acompañante de Warren Broswell?

Los ojos de Harry Brennan recorrieron, por enésima vez, la estancia.

Detenidamente.

Un hombre se podía esconder tras uno de los laterales de la biblioteca, sin ser visto desde la puerta. Y Jennifer no llegó a franquear el umbral. Cuando lo hizo fue para examinar el cadáver de Broswell. Desde aquella posición, tampoco era visible una

persona oculta tras el mueble biblioteca.

Jennifer abandonó el despacho.

Y el misterioso acompañante de Broswell aprovechó para sacar el cadáver por la ventana.

Perfecto.

Hipótesis lógica.

Ahora llegaban las incongruencias.

¿Por qué llevarse el cadáver?

¿Por qué Warren Broswell no habló, al verse encañonado por Jennifer?

¿Por qué abrió la caja fuerte con la luz del despacho apagada?

Harry Brennan arrojó el cigarrillo para acto seguido pasar al jardín. Era fácil el acceso a través de la ventana del despacho. Algo más complicado, portando un cadáver. De ahí la mancha de sangre en el marco del ventanal.

El misterioso visitante depositó momentáneamente a Warren sobre el marco. Saltó sin dificultad, y luego volvió a hacerse cargo del cadáver.

¿Un *souvenir*?

No.

Los cadáveres son poco decorativos.

¿Por qué diablos se lo llevó?

Brennan comenzó a inspeccionar aquella parte del jardín. El rocío de la noche había humedecido la hierba.

Se podían distinguir algunas huellas.

Demasiadas.

Los ojos de Harry Brennan quedaron fijos en el invernadero cercano. Merced a las amplias vidrieras, eran visibles las plantas y flores que trepaban caprichosamente.

Hacia allí dirigió sus pasos.

Abrió la puerta del invernáculo.

Plantas y flores que necesitaban protección del frío y cuidados especiales crecían allí, pujantes. Exóticas y multicolores especies. Grandes recipientes de fértil tierra abonada...

Harry Brennan avanzó hacia el fondo del invernadero.

En aquella parte, la tierra parecía haber sido removida recientemente. También se veía una pala recubierta por húmeda tierra.

Los labios del detective esbozaron una sonrisa.

En su mente había surgido una segunda hipótesis.

Jennifer, despechada por la petición del divorcio y haber sido sustituida en el rodaje de *The vampire*, dispara fríamente sobre Warren Broswell. Con premeditación. Luego, consciente del crimen cometido, decide esconder el cadáver, inventando la absurda historia de su desaparición.

Aquella hipótesis sí encajaba a la perfección.

Si Broswell avanzó tranquilamente fue porque estaba convencido de que Jennifer le podía ver. La luz procedente del salón era suficiente. ¿Cómo arrastrar el cadáver de Broswell, abrir la ventana y sacarlo al jardín, sin que Jennifer, en el salón contiguo, se percatara? ¿No resulta absurdo manipular en la caja fuerte, con el despacho en la más completa oscuridad?

La versión de Jennifer era difícil de creer.

Ella tenía motivos suficientes para matar a Warren Broswell.

En cuanto al cadáver...

Aquel encantador invernadero era un magnífico lugar para enterrar al pobre Warren.

CAPÍTULO V

Ya se encontraban en San Francisco.

Tras una hora escasa de vuelo.

Más tiempo emplearon en recorrer los veinticuatro kilómetros que separaban el aeropuerto de la ciudad. El taxi, pese a la pericia del conductor, no pudo evitar los prolongados embotellamientos.

Harry Brennan conocía bien San Francisco.

Había permanecido en la ciudad por espacio de seis meses. Realizando un trabajo para el presidente de la Larsen Metals. El fulano le encargó la búsqueda de su hija, que imaginaba raptada por sanguinarios *gánsteres*. Brennan encontró a la chica en las proximidades de Saratoga. Conviviendo, feliz, con una tribu de pestilentes *hippies*.

Luego le salieron un par de trabajos más.

Sí.

Conocía bien San Francisco.

La bella ciudad dividida por la populosa Market Street. Lo ideal es llegar a San Francisco por el inmenso puente que la une a Oakland. La ciudad, así, se recorta en el horizonte, elevando al cielo sus famosas colinas. Deambular por el fabuloso Barrio Chino, por los *night-clubs* de North Beach, una buena comida en Ghirardelli Square, subir a los viejos tranvías...

Harry Brennan conocía San Francisco, y tenía en la ciudad buenos amigos.

—¿Qué te ocurre, Harry?

Brennan estaba reclinado en el asiento. Con la mirada fija en la ventanilla del coche. Perdida en un indefinido punto.

Desvió los ojos hacia Jennifer.

Sonrió.

—Nada. Simplemente, pensaba.

—Creo imaginar esos pensamientos.

—¿De veras?

El taxi se detuvo frente al 244 de la Baxter Avenue. En Nob Hill. La zona donde se alzaban los más lujosos hoteles y apartamentos de San Francisco.

Harry Brennan abandonó el vehículo para galantemente abrir la portezuela correspondiente a Jennifer. También se hizo cargo de la maleta de la mujer.

—Espere aquí —ordenó Brennan al taxista.

El 244 de la Baxter Avenue era un edificio de moderna construcción. En su mayoría, exceptuando las cuatro primeras plantas, destinado a apartamentos de alquiler.

Se detuvieron ante la puerta de entrada.

—El apartamento dispone de varias habitaciones, Harry. ¿Por qué no...?

—No te enfades, Jennifer, pero prefiero instalarme en un hotel. Tendré más libertad de acción.

—¿Cenamos juntos?

Harry Brennan consultó la esfera de su reloj.

—Pues... no te lo puedo afirmar con seguridad. Debo realizar un par de visitas. Te telefonearé para quedar mañana citados. ¿Dónde localizaremos a Harold Hiller?

—En los estudios. Acude todos los días a presenciar el rodaje.

—Perfecto. Hasta mañana, entonces, Jennifer. Deja todo en mis manos.

—Harry...

—¿Sí?

Los negros ojos de la mujer se posaron en Brennan.

Fijamente.

—Sospechas de mí, ¿verdad?

—No digas tonterías.

—Crees que lo de Warren no fue un accidente. Que le maté premeditadamente y luego enterré su cadáver en el invernadero. Te vi esta mañana escarbando la tierra.

Brennan sonrió.

—También inspeccioné el garaje, la piscina, el jardín... Es parte de mi trabajo. En cuanto a sospechar de ti... Tu versión de los hechos es un poco confusa, Jennifer, pero no dudo de que has dicho la verdad. Si fueras culpable, te hubieras evitado el ir a Nueva York

en mi busca. Confío en ti.

—Gracias, Harry. Gracias...

La mujer besó fugazmente la mejilla de Brennan. Acto seguido se hizo cargo de la valija, penetrando en el edificio.

Harry Brennan, con la sonrisa a flor de labios, se introdujo de nuevo en el taxi.

—Al Garrick Hotel.

El coche enfiló hacia Washington Street. Una vez más, el intenso tránsito obligó a frecuentes detenciones, que no parecían afectar los nervios del taxista. Ya estaba acostumbrado a aquella riada de vehículos y a las maldiciones de sus malhumorados ocupantes.

El hotel mencionado por Brennan estaba enclavado en Dehers Road. Abonó la carrera, penetrando en el establecimiento, limitándose a reservar plaza y depositar el reducido equipaje en recepción.

Salió del hotel.

En una de las bocacalles de Dehers Road descubrió un comercio de *rent a car*. Tras un breve examen a la flota de automóviles, se decidió por un «Falcon» de la casa Ford. Sedán de cuatro puertas, modelo 70. Menos vistoso que el Chevrolet «Camaro» que poseía en Nueva York, pero en perfectas condiciones para rodar por las empinadas calles de San Francisco.

Harry Brennan, ya frente al volante del «Falcon», subió por Taylor Street, en dirección al Coolbrith Park. Se desvió hacia la Columbas Avenus, pero sin llegar a ella. Se encontraba en pleno North Beach. La zona más alegre y bulliciosa de San Francisco. Plagada de *night-clubs* y variados centros de diversión más o menos lícitos.

El «Falcon» quedó estacionado en un *parking* de Strand Avenue.

Los luminosos de neón ya invadían las calles, con sus multicolores luces. Rivalizando entre sí para atraer al público. North Beach iniciaba su fabulosa vida nocturna.

Harry Brennan se introdujo en un *steak house*, solicitando una espumosa jarra de cerveza. Mientras le era preparado el grueso *beefsteak* con doradas patatas, dejó caer una moneda de veinticinco centavos en la máquina tragaperras. Los cinco mil puntos alcanzados le proporcionaron un segundo juego.

Retornó al mostrador para dar buena cuenta del sabroso

beefsteak, aderezado con una segunda jarra de cerveza. Aquélla iba a ser su cena.

En la máquina tocadiscos sonaba un trepidante *rock and roll* del genial Little Richard.

Por un momento, Brennan se olvidó de la muerte de Broswell, de la absurda historia de Jennifer, de aquel misterioso caso con marcado cariz satánico...

Pronto volvió a la realidad.

Consultó la hora en su reloj de pulsera. Depositó unas monedas sobre el mostrador, abandonando el *snack*. Segundos más tarde, llevaba un cigarrillo a los labios.

La sempiterna neblina, característica en las noches de San Francisco, ya había hecho su aparición procedente de The Embarcadero.

Harry Brennan deambuló con despreocupado caminar por la Strand Avenue. Sin prisa aparente. Con las manos en los bolsillos del pantalón, permitiendo que el humo del cigarrillo resbalara por su rostro.

Sonrió al distinguir el neón en rojo, verde, amarillo y azul que parpadeaba en cortas y reiteradas intermitencias.

Aquél era su destino.

El club The Peacock.

A la puerta del local, bajo el rojo toldo con ribetes blancos, se anunciaban a las figuras del *show*. Destacando, una atrevida fotografía de Yvonne, reina del *strip-tease*. Muy elocuente. Si aquello era una simple muestra, pocos se resistirían a contemplar el original.

Brennan descendió las escaleras que conducían a la sala.

La oscuridad era casi completa. Ninguna actuación en la circular pista. Las parejas danzaban estrechamente abrazadas. Sin duda, ni tan siquiera podían ver el rostro de su acompañante, pero eso poco importaba. La orquesta ejecutaba con deliberada lentitud el viejo terna *Night and day*. Especial para otoñales y jóvenes románticos. De estos últimos quedaban muy pocos.

Harry Brennan no buscó mesa. Tampoco acudió hacia el largo mostrador que casi circundaba el local. Encaminó sus pasos hacia una puerta situada tras la orquesta. Un individuo parecía custodiarla. Un fulano de rostro deforme. Como si hubiera

disputado quince asaltos con Joe Frazier. Corpulento y con aspecto de boxeador.

—Hola, Lou.

El tipo parpadeó.

Su capacidad de reacción era lenta y torpe.

—¡Infiernos! ¿Eres tú, Harry?

—Seguro. ¿Cómo te encuentras, muchacho?

—Bien, Harry. Como en los mejores tiempos. Muy bien... Todo marcha bien...

Brennan esbozó una amarga sonrisa.

Los buenos tiempos de Lou eran los de Joe Louis, Ezzard Charles, Walcott, Rocky Marciano... Lou fue un magnifico peso pesado. Desgraciadamente para él, cayó en las redes del «hampa del *ring*». Lo utilizaron como a un pelele. Luego, ya convertido en piltrafa humana, dejó de serles útil.

Hay muchos tipos como Lou en San Francisco, en Nueva York, en Chicago... Desempeñando los más diversos oficios y siempre rondando las proximidades de un gimnasio. Todos soñando con aquella fama que jamás lograron alcanzar.

—¿Buscas a Scofield?

—Ajá.

—Puedes pasar, Harry. Tú eres de confianza. Encontrarás a Scofield en su despacho.

—Okay.

Harry Brennan palmeó amistosamente la espalda del corpulento individuo.

Abrió la puerta para adentrarse en un corto corredor débilmente iluminado. Se dirigió hacia una segunda puerta señalizada con la indicación de «*prívate*». Ignoró la advertencia, haciendo girar el picaporte.

La estancia era reducida.

Con escaso mobiliario. Una mesa escritorio. Dos sillones en *skay*. Un archivador y un carro-bar.

Tras la mesa escritorio, un individuo de unos cuarenta años. De rostro redondo y colorado. Sus ojos de sapo destacaban, saltones. En parte, debido a la mujer que estaba frente a él.

Una muñeca de pelo negro como el azabache.

De cuerpo de diosa.

La mujer sostenía su falda levantada poco más arriba de la rodilla.

—Un poco más, señorita Ross.

La mujer se ruborizó.

—¿No es suficiente?

El individuo de la mesa escritorio dejó escapar un bufido, reclinándose en el sillón giratorio.

—De acuerdo. Lárguese.

—¿No... no me contrata?

—Tengo anotado su domicilio, señorita Ross. Prometo avisarla un día de éstos. No se preocupe.

La mujer dejó caer su falda, con timidez y rubor. Tras apoderarse de un pequeño bolso de mano, abandonó el despacho. Sin atreverse a mirar a Brennan, que permanecía junto a la puerta.

El detective, cuando la mujer hubo salido, cerró la hoja de madera, aproximándose hacia la mesa.

Sonriente.

—Chica tímida, ¿eh, Thomas?

—¿Tímida? ¡Maldita sea!... A mí no pueden engañarme, Harry. Conozco bien el ganado. Esa mujer, la sonrojada señorita Ross, ha actuado en los peores tugurios de San Francisco. Es una consumada artista de *strip-tease*. Capaz de quitarse hasta la piel. Se hace la mojigata. Es un buen truco para empresarios novatos.

—Y tú no lo eres.

—Por supuesto. Yo nací en un estercolero, y conozco este cochino mundo. Bien, Harry. ¿Qué haces por San Francisco?

—Vacaciones.

Thomas Scofield rió cascadamente.

—¿De veras? Los tipos como tú solo descansan en la tumba, Harry. Estoy al corriente de la fea jugada hecha a Demicheli. Resulta prudente abandonar Nueva York por una temporada. La Mafia no perdona.

Brennan se acomodó en uno de los sillones.

Sin borrar la cínica sonrisa de sus finos labios.

De una pequeña caja de plata, depositada sobre la mesa, extrajo un cigarrillo turco.

—No he escapado de la Mafia, Thomas. No les tengo miedo. Estoy en San Francisco realizando un trabajo.

—¿Sin licencia?

—¿También sabes eso? Pues sí, Thomas, sin licencia. Espero que me la devuelvan, tras la investigación de mi caso. Fue retirada por el bastardo de...

—Lo sé, muchacho —interrumpió Scofield—. También deduzco que tu visita no es de cumplido. ¿De qué se trata esta vez? ¿Han vuelto a raptar a la hija de la Larsen Metals?

Los dos hombres rieron alegremente.

Fue en aquella época cuando entablaron relación.

Thomas Scofield era un tipo extraño. El club the Peacock era una simple tapadera. Figuraba en el cómo director artístico, pero era realmente el propietario. El negocio no estaba a su nombre.

¿Para evadir los impuestos?

No.

Scofield era mi individuo mucho más complicado. Poseía un archivo superior al de la Metropolitan Pólice. Laboratorio. Fichas. Enlaces. Expertos en espionaje industrial...

Director de una de las más poderosas agencias de información clandestinas. También la más discreta.

Jamás hacía preguntas al cliente.

—El caso es un poco más difícil, Thomas. —Brennan extrajo el pañuelo del bolsillo de su chaqueta. Lo extendió sobre la mesa, descubriendo un rectangular trozo de alfombra.

Scofield dirigió una indiferente mirada a la roja mancha que se dibujaba en la tela.

—¿Sangre?

—Sí, Thomas. Quiero que sea analizada.

—¿Algo más?

Harry Brennan le tendió una pequeña cartulina.

—Ahí te he anotado el número de una «German Luger». Me gustaría saber a nombre de quién está registrada.

Scofield atrapó la cartulina.

Sus saltones ojos se empequeñecieron.

Junto al número leyó dos nombres.

—Harold Hiller y Pamelyn Brown... ¿Qué ocurre con ellos, Harry?

—Quiero conocer sus vidas. Desde que tomaron la primera papilla hasta hoy. Harold Hiller es...

—Sé quién es. Te refieres al productor cinematográfico, ¿no?

—¿Cómo has llegado a esa conclusión, Thomas? De seguro hay cientos de Harold Hiller en el listín telefónico.

—Muy sencillo. Su nombre figura junto al de Pamelyn Brown.

—No te consideraba aficionado al Séptimo Arte.

—Es conveniente saber de todo un poco. Mañana tendrás la información. ¿Te hospedas en el Garrick?

Brennan no pudo ocultar un brillo de admiración en sus ojos.

Thomas Scofield demostraba tener una memoria de elefante.

—Sí, Thomas.

—La tarifa ha aumentado desde la última vez que nos vimos, muchacho. Espero no protestes cuando te presente la factura. ¿Alguna otra cosa?

Brennan se había incorporado del sillón.

—No. Al investigar la vida de Harold Hiller llegarás a la Broswell&Hiller Pictures Corporation. Dame también datos de ese socio.

—Correcto.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

Minutos más tarde, Harry Brennan abandonaba el local para introducirse en su coche. Encendió un cigarrillo. Por unos instantes, sus ojos quedaron fijos en la temblorosa llama del fósforo.

En su mente había surgido una tercera hipótesis.

Macabra... y espeluznantemente diabólica.

CAPÍTULO VI

El Ford «Falcon» estaba estacionado en doble fila.

Frente al 244 de la Baxter Avenue.

Harry Brennan consultó por enésima vez la esfera de su reloj. Arrojó el cigarrillo con irritado gesto. Odiaba tener que esperar a una mujer. Y Jennifer se retrasaba ya veinte largos minutos.

La espera se prolongó un par de cigarrillos más.

Jennifer apareció luciendo una túnica en *crépe* marrón. Leotardos del mismo color junto con ancho cinturón y botas de ante.

Un conjunto muy apropiado para el nebuloso día. La fría humedad nocturna se mantenía en aquellas primeras horas de la mañana.

—Perdona el retraso, Harry; pero debes reconocer que la culpa fue tuya. Llamar a una mujer con tan sólo una hora de adelanto resulta impropio. ¿Por qué no telefoneaste ayer? Hubiéramos quedado a una hora fija y...

—Me fue imposible. Se hizo muy tarde, y no quise molestarte.

Brennan abrió la portezuela del coche.

—¿De dónde lo has sacado? —inquirió Jennifer, sin poder ocultar una leve sonrisa.

—No es un último modelo, pero funciona bien. ¿No te gusta?

—Tengo tres coches en el *parking* del edificio. Únicamente tenías que pedírmelo, Harry.

Se introdujeron, en el «Falcon».

Brennan se hizo cargo del volante.

—Un detective privado lleva una vida un poco arriesgada, Jennifer. Hay que husmear en la basura y frecuentar los estercoleros. Tu coche podría... mancharse. ¿Me comprendes? En cierta ocasión me vi envuelto en un caso de asesinato. Conducía un «Pontiac» de un periodista. El pobre tuvo que dar muchas

explicaciones a la policía para demostrar que no había dejado el coche en el lugar del suceso.

—Yo ya estoy involucrada, Harry. ¿Lo has olvidado? Soy culpable de la muerte de Warren.

Brennan optó por ignorar el comentario de la mujer.

—¿Hacia dónde vamos, Jennifer?

—A las Marton Hills.

El coche enfiló la Baxter Avenue hasta su cruce con Strip Street. Poco más tarde, descendía por Mason Street. A la altura del Radio City se desvió, realizando un amplio rodeo para evitar las calles de mayor circulación. Las Marton Hills eran una de las zonas situadas en los arrabales de San Francisco. Allí se alzaban fábricas y edificios molestos, que no eran aceptados en el centro de la ciudad ni en su núcleo.

Harry Brennan decidió romper el prolongado silencio que acompañó al trayecto.

—¿Por qué te culpas de la muerte de Warren? Fue un accidente.

—Lo sé... Sin embargo, siento remordimientos. El fantasma de Warren me persigue. Sin tregua. Sufro horribles pesadillas que...

—Son eso, Jennifer: simples pesadillas.

—Si el cadáver no hubiera desaparecido..., yo habría declarado a la policía y se terminaría por comprobar que fue un accidente. Tal vez entonces encontrara algo de paz. Ahora, al abrir una puerta, un armario, al encender una luz..., temo hallar el cadáver de Warren. Con ese horrible orificio en la frente. Con los ojos desorbitados... ¡Oh, Dios mío!...

Harry Brennan volvió a guardar silencio.

Era preferible.

La policía jamás se hubiera dejado convencer por la absurda historia de Jennifer. El que Warren penetrara en la casa sin ser visto, manipulara en la caja fuerte sin encender la luz, se mostrara indiferente al ser encañonado por una «German Luger»...

No.

La policía tendría en Jennifer a la culpable ideal.

Llegaron a Marton Hills.

Brennan siguió las indicaciones que le iba proporcionando Jennifer para llegar a los estudios cinematográficos. Construidos en una amplia explanada y circundados por alta muralla. Un cartel con

grandes letras de molde anunciaba la Broswell&Hiller Pictures Corporation.

Junto a la caseta de control, dos individuos uniformados.

Uno de ellos se adelantó al «Falcon». Se inclinó para comprobar la identidad de los ocupantes del vehículo.

—Buenos días, señora Broswell. Empezaba a inquietarnos su ausencia. El señor Hiller desea hablar urgentemente con usted. Le encontrará en el hangar número nueve.

—Gracias, Henry.

—¿Puede darme el nombre de su acompañante, señora Broswell? Ya sabe que es preceptivo.

—Brennan. Harry Brennan.

El otro individuo alzó la barra móvil, permitiendo el paso del vehículo.

Harry Brennan inició la marcha, dibujando en sus labios una sonrisa.

—Parece que entremos en el cuartel general de la CIA.

—Está prohibida la entrada a toda persona ajena a los estudios. Una medida lógica, Harry. Periodistas, «extras» en demanda de trabajo, *fans*... De continuo, seríamos importunados.

Brennan dirigió una fugaz mirada a la mujer.

—¿Qué te ocurre? —Estás pálida...

—Fue al oírme llamar señora Broswell... Me... me estremecí de pies a cabeza. Mi nombre artístico es Jennifer Ferdin. Por él me conocen todos. El llamarme señora Broswell me recordó que soy su viuda.

—Procura dominar esos nervios, Jennifer. Es necesario. Vas a tener que representar un amargo papel. En tu entrevista con Hiller, le preguntas inocentemente por Warren. Muéstrate sorprendida de su ausencia.

—¿Quién digo que eres tú?

—¿Tienes representante artístico?

—No. No lo necesitaba. Warren se encargaba de todos mis asuntos. Era mi *manager*, mi productor...

—Y tu marido.

Harry Brennan había realizado la maniobra de aparcar en un espacio libre del *parking*, situado a pocas yardas de la entrada.

Descendieron del «Falcon».

—Preséntame como tu nuevo *manager*.

—Pero... sospecharán de que haya dejado a Warren.

—¿Sospechas? Nada de eso, Jennifer. Lo encontrarán lógico y razonable. Warren te quitó el papel principal de *The vampire*. Yo soy tu abogado y representante. Así podré formular algunas preguntas indiscretas.

Comenzaron a caminar.

A ambos lados se alzaban descomunales barracones. También eran visibles decorados de anteriores películas. Desde el clásico *saloon* del Lejano Oeste a escenarios de ciencia-ficción. Más de una docena de hangares se alineaban a derecha e izquierda. Los estudios eran inmensos.

Las primeras construcciones estaban formadas por una serie de *bungalows*. De igual diseño. Modernos y confortables.

Harry Brennan se fijó en ellos.

—¿Son habitables?

—Sí. El tercero es el mío. Warren pernoctaba aquí muchas veces. También yo, si el rodaje se prolongaba o había que iniciarlo muy temprano al día siguiente. El primer *bungalow* pertenece a Harold Hiller. Los otros son destinados a los principales actores y al director.

—Muchos dólares aquí invertidos. ¿No es cierto, Jennifer?

La mujer no llegó a responder a la pregunta.

La puerta del primer *bungalow* se había abierto. Bajo el pequeño porche quedó un individuo de rostro enjuto y ojos ocultos por gafas de grueso cristal. El hombre arrugó la frente como queriendo así acentuar su mirada.

—¡Jennifer!

La mujer giró la cabeza.

Susurró unas palabras destinadas a Brennan.

—Es Hiller...

Se encaminaron hacia el *bungalow*.

Justo en el momento en que una muchacha estrechaba la mano de Harold Hiller. La conversación entre ambos fue audible:

—Adiós, señor Hiller. Mucho me temo que volveré a importunarle.

—Siempre será bien recibida, señorita Malden. Buenos días.

Harry Brennan posó sus ojos en la joven. También ella dirigió

una penetrante mirada al detective.

Brennan tragó saliva ante la intensa mirada de aquellos verdes ojos.

La muchacha era algo fuera de serie.

Rostro semiovalado, teniendo como marco la negra mata de su pelo. Destacando aquellos maravillosos ojos verdes, de mirada de fuego. La nariz, pequeña y algo respingona. Los labios, gordezuelos, de suave y sensual curva...

La muchacha no contaría más de los veintidós años, lucía un minivestido camiserero. Muy cortito. Estampado con dibujo cachemir, escote en «V», mangas largas con puños y cinturón de cuero entrecruzado.

Su perfecta figura se modelaba seductoramente. Sus senos eran túrgidos; la cintura, cimbreante, y las caderas, poco pronunciadas. La corta falda permitía admirar sus esbeltos y bronceados muslos.

Todo un bombón.

La muchacha se encaminó, con gracioso paso, hacia el *parking*. Con innato ondular de caderas.

Harry Brennan desvió la mirada hacia Hiller. Éste ya saludaba a Jennifer, esbozando en sus labios una forzada sonrisa.

—Hola, Jennifer. Te he telefoneado a Los Ángeles, sin lograr localizarte. Sé que te debo una explicación y...

—Quiero presentarte a alguien, Hiller —interrumpió la mujer, con firme voz—. Harry Brennan, mi abogado y representante artístico.

Harold Hiller era un individuo de aspecto insignificante. Aquella impresión se acentuaba por las gruesas gafas de miope. Vestía un traje de excelente corte. Con sólo cuarenta y dos años, representaba los sesenta. Su cabello era canoso, y prematuras arrugas cruzaban su escuálido rostro.

Contempló a Brennan con la boca entreabierta.

Con marcado estupor.

—¿Tu representante? No comprendo...

—¿No considera lógica la postura de mi cliente? —comentó Brennan, con burlona sonrisa.

—Pues yo...

—¿Nos permite pasar, señor Hiller? —interrumpió Brennan, por segunda vez—. Nuestra conversación va a ser un poco larga para

desarrollarla aquí fuera.

—Sí, por supuesto...

Harold Hiller se hizo a un lado, permitiendo el paso de Jennifer y Brennan.

Penetraron en el *bungalow*.

Éste era reducido, pero lujosamente amueblado y confortable. Ya de entrada, atravesando un casi inexistente *living*, se llegaba al salón-comedor. Desde allí, separada por una hoja vidriera, podía verse la cocina. Una puerta contigua al salón conducía, sin duda, al único dormitorio de la vivienda.

Jennifer y Brennan se acomodaron en un sofá tapizado en rojo. Harold Hiller tomó asiento frente a ellos. Separados por una baja mesa.

—¿Y Warren? —preguntó Jennifer, esforzándose en que su voz careciera de inflexión—. Me gustaría que estuviera presente en esta conversación.

Las arrugas se acentuaron en el rostro de Hiller.

—¿Warren? Creí que estaba contigo, Jennifer. Hace un par de días que no le veo. Marchó a Los Ángeles para reunirse contigo.

—Permaneció unas horas en Beverly Hills, pero luego abandonó la ciudad. Suponía que estaba aquí.

—Me tiene preocupado. Tenemos graves asuntos por solucionar. La ausencia de Warren es extraña.

—¿Por qué me han quitado el papel, Hiller?

El hombre inclinó la cabeza, carraspeando repetidamente.

Incapaz de enfrentarse a la mirada de Jennifer.

—Fue idea de Warren. Dijo que el papel no era apropiado para tí, Jennifer. Dean Lindfords había retocado demasiado el guión inicial. Mayor dosis de erotismo y truculencia. También el director parece inclinarse por una protagonista más...

Hiller vaciló.

Sin atreverse a concluir la frase.

—¿Más joven? —sonrió Jennifer, fríamente.

—Sí, Jennifer. Lo lamento. Me convencieron. *The vampire* va a ser una gran superproducción, donde invertimos hasta el último centavo. No podemos permitirnos el menor error. Por eso hemos contratado a Pamelyn Brown. Supongo que Warren ya te lo explicó todo, ¿no?

—Por supuesto, pero también quería oírtelo decir a ti.

—Fue idea de Warren —repitió Hiller, con pesaroso gesto.

—¿Puede mostrarme el contrato que ligaba a Jennifer con la Broswell&Hiller Pictures Corporation? —solicitó Brennan.

—No existe tal contrato. Entre Jennifer y Warren, marido y mujer, no era necesario.

Brennan sonrió, irónico.

—Comprendo. De esa forma podían desembarazarse de Jennifer cuando les viniera en gana. Sin complicaciones y sin la menor indemnización.

—¿Ya se ha iniciado el rodaje con Pamelyn? —preguntó Jennifer, con temblorosa y ronca voz.

—Sí.

—Recogeré todas mis cosas del *bungalow*.

—Eres la esposa de Warren Broswell. Socio de la productora. No tienes que abandonar los estudios A Warren no le gustaría. Te comportas como una chiquilla, Jennifer. Es preferible que...

La mujer se incorporó, irritada.

Con los ojos llameantes.

—Ya nada me liga a la Broswell&Hiller Pictures Corporation. De seguro, pronto recibiré infinidad de ofertas de trabajo. ¡Os demostraré quién es Jennifer Ferdin! ¡No estoy acabada!

Jennifer se encaminó, con presuroso paso, hacia la puerta de salida. Allí fue alcanzada por Brennan.

—Maldita sea, Jennifer —masculó el detective, entre dientes—. ¿Qué diablos te ocurre?

—No lo pude evitar, Harry. —Los ojos de la mujer se nublaron, y gruesas lágrimas surcaron sus mejillas—. He sido humillada y despreciada. No quiero permanecer aquí ni un segundo más.

Brennan la atrapó rudamente por los hombros.

—Escucha con atención. Es necesario que te quedes todo el día en los estudios. Esperando a Warren. ¿Entiendes?

—Esperando a Warren —recalcó Brennan, con dura voz. Te mostrarás indiferente por haber sido sustituida. Aquí se encuentra la respuesta a... nuestro problema. Procura permanecer con los ojos bien abiertos. Puedes empacar tus cosas del *bungalow*, pero no abandonarás los estudios hasta el anochecer. Desesperada por la ausencia de Warren. ¿De acuerdo?

Jennifer asintió, sumisa:

—Sí, Harry.

—Buena chica. Te llamaré esta noche. Yo me quedo aquí un poco más. Quiero formular algunas preguntas a Hiller.

La mujer abandonó el *bungalow*.

Harry Brennan, tras cerrar la puerta, volvió al salón. Extrajo su cajetilla de tabaco para encender un cigarrillo.

Harold Hiller le esperaba en pie.

Con su característico gesto descorazonado.

—Pobre Jennifer...

—Le han hecho una fea jugada.

—¿Nosotros? Se equivoca, Brennan. Puede que sea usted un buen abogado, pero como representante artístico le aseguro un rotundo fracaso.

Harry Brennan se dejó caer de nuevo en el sofá.

Sonrió con insolencia.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Él aceptar a Jennifer como cliente lo demuestra. Desconoce el mundo del cine, Brennan. Jennifer Ferdin no le resultará rentable.

—Es una magnífica actriz.

Harold Hiller se encogió de hombros. Con el dedo índice de su mano derecha, subió el puente de las gruesas gafas de miope.

—Es posible..., aunque no suficiente. El ocaso de Jennifer se inició cuando fue candidata al Oscar. El no conseguirlo desanimó a sus seguidores, y esperaran más de ella. Exigieron más. Las siguientes películas de Jennifer confirmaron su decadencia. Fracaso tras fracaso. *Winter morning* fue la gota de agua que llena el vaso hasta hacerlo rebosar. Broswell invirtió en el filme toda su fortuna. Sin regatear medios. Lujosos decorados. Rodaje en Roma, París, Londres, Moscú..., para arropar una bella historia de amor. Pero la época de *Love story* ya pasó. El argumento, y principalmente la actuación de Jennifer, no gustó. *Winter morning* terminó de hundir a Warren Broswell.

—Y le obligó a asociarse con usted.

Hiller rió, divertido.

—Correcto. Yo no soy un gran productor. Ni un solo éxito en mi carrera. Carezco de la inteligencia y energía de Warren; pero para compensar esos pequeños defectos, tengo la virtud del dinero. He

invertido gran parte de mi capital en la Broswell&Hiller Pictures Corporation.

—¿Dos únicos socios?

—Sí.

—¿Partes iguales con Warren?

—Por supuesto.

—¿Y Warren? ¿Qué ha puesto él en la sociedad?

Hiller empuñó aún más sus diminutos ojos de miope para dirigir a Brennan una penetrante mirada.

—¿No lo comprende? ¡Estoy unido a Warren Broswell! Su nombre ya figura con caracteres de honor en la historia del cine. Asociarme a él es un aval de garantía. Una seguridad de triunfo. La experiencia y maestría de Broswell no se consiguen con dinero.

—¿Tan sólo eso ha invertido Broswell?

Hiller boqueó, escandalizado.

—¿Le parece poco? En efecto, demuestra desconocer el ambiente cinematográfico, Brennan. Importantes productoras aceptarían asociarse con Broswell, aunque éste no tuviera un centavo. Me eligió a mí.

—¿Por qué?

—Yo acepto sus condiciones. Prometí no discutir ninguna de sus decisiones. Por eso, y aunque va contra mis principios, no me opuse a la sustitución de Jennifer. Incluso la considero razonable. Con Pamelyn Brown, *The vampire* será un auténtico éxito. Llegaremos a eclipsar la recaudación obtenida por *The godfather*. Estoy satisfecho por mi asociación con Broswell. El también ha contribuido con su capital. Con todo lo que tenía.

—¿Mucho?

—No. Ya le he dicho que *Winter morning* le hundió. También vuelvo a repetirle que la experiencia de Broswell es mejor garantía que todo el dinero que pudiera invertir.

—Partes iguales, ¿eh? Es usted muy generoso, Hiller. La Broswell&Hiller Pictures Corporation. ¿Qué ocurriría a la muerte de uno de los socios?

—No me agrada la pregunta, Brennan; sin embargo, le contestaré. Si yo muero, Warren Broswell queda como único propietario de la productora. Al igual me haría yo cargo de todo ante la muerte de Broswell. ¿Alguna otra pregunta?

Harry Brennan sonrió, burlón.

—No. Ha sido muy amable.

—¿Quiere un buen consejo, Brennan? Como abogado de Jennifer, nada conseguirá. No existe contrato, y ella nada puede redamar. En cuanto a ser su *manager*..., tampoco se lo aconsejo. Warren no lo permitiría. Cuando termine el rodaje de *The vampire*, prepararemos una película idónea para Jennifer.

—Una película «serie B».

—Por supuesto. De coste reducido. No nos gusta tirar el dinero. La película será destinada a la televisión.

—La televisión..., tumba de los actores fracasados. ¿Ya piensa enterrar a Jennifer?

—Los actores más famosos trabajan en la televisión.

—Y todos ellos, cruzada ya la frontera de los cuarenta años.

Harold Hiller dirigió una significativa mirada a su macizo reloj de oro.

—Ya debería estar presenciando el rodaje, Brennan. Perdona que no pueda dedicarle más tiempo.

—¿Puedo acompañarle? —inquirió Brennan, incorporándose—. También a mí me gustaría presenciar el rodaje.

—No tengo inconveniente.

Los dos hombres abandonaron el *bungalow*.

Comenzaron a caminar por la ancha calle de los amurallados estadios. En dirección al hangar número nueve.

Donde se rodaba *The vampire*.

—¿Quién es el director, señor Hiller?

—Phil Klauber. Supongo habrá oído hablar de él.

—Por supuesto —mintió Brennan. Poco relacionado con el mundo del cine, aquel nombre le era totalmente desconocido—. También he leído la novela de Dean Lindfords, que sirve de argumento para *The vampire*. Lindfords realiza también el guión, ¿no es cierto?

El rostro de Hiller se ensombreció.

—Desgraciadamente para nosotros, Dean Lindfords sufrió ayer un accidente automovilístico. Ha muerto.

—¿Sin concluir el guión?

—Lo estaba retocando. Añadía diálogos y escenas de mayor impacto. El *script*[1] no estaba ultimado. Pobre Lindfords... Una

gran pérdida que, desde luego, no es compensada por la póliza del seguro.

Brennan arqueó las cejas.

—¿Póliza de seguro?

—Sí. Una idea de Warren Broswell. Son varios los millones de dólares que pensamos invertir durante el rodaje de *The vampire*. Actualmente se trabajan los interiores, pero más adelante nos desplazaremos a Berlín y Londres. Millones de dólares, Brennan hemos asegurado la vida de Pamelyn Brown y Stanley Ford, los dos protagonistas. También la del director Klauber y la del infortunado Lindfords.

—¿Quién es el beneficiario de esas pólizas?

—Lógicamente, la Broswell&Hiller Pictures Corporation.

Los labios de Brennan esbozaron una fría sonrisa.

Sospechaba que Warren Broswell no estaría solo en el Más Allá. El tal Dean Lindfords ya le había seguido.

Otros le harían compañía.

Harry Brennan, acostumbrado a olfatear a la muerte, la intuyó extendiendo su afilada garra sobre los estudios de la Broswell&Hiller Pictures Corporation.

CAPÍTULO VII

El escenario correspondía a un sombrío y macabro panteón.

Los efectos especiales habían sido magistralmente logrados. Se respiraba una atmósfera inquietante y tenebrosa.

Dos actores en el *set*.

Un hombre y una mujer.

Envueltos por una rojiza niebla.

El *cameraman*, siguiendo las instrucciones del director, realizó un estudio *zoom*. Sin mover la cámara de los raíles.

Harry Brennan, a poca distancia del *plateau*, contemplaba, interesado, el rodaje. Gran parte de su atención se centraba en Pamelyn Brown. Reconoció no haber visto jamás mujer tan diabólicamente seductora.

De extraordinaria belleza.

Muy joven.

De su rostro emanaba una dulce inocencia, que era desmentida por el brillo de unos ojos transparentes y por la sensual curva de sus carnosos labios. Su escultural cuerpo podía ser admirado en aquella audaz escena de amor. El hombre que actuaba junto a ella la besaba ardientemente en la boca. Una y otra vez.

No era necesario ser actor para realizar aquella toma.

Cualquier individuo lanzaría rugidos de entusiasmo, al tener entre sus brazos a Pamelyn.

La escena de amor, capaz de enrojecer a un experto en *sex-film*, concluyó de súbito. Bruscamente interrumpida. El hombre dejó de estrujar a Pamelyn. Se apartó de ella para enfrentarse con la cámara. En su pecho, a la altura del corazón, tenía clavado un cuchillo de artístico mango. Un rojo líquido manaba a borbotones.

Pamelyn reía, satánica.

La dulce expresión de su rostro había desaparecido.

Fue hacia una de las tumbas del panteón.

Y de allí surgió el clásico vampiro. Muy distinto al aristocrático Christopher Lee. Sin su elegancia y distinción.

Un individuo repulsivo y babeante. De rostro deforme y monstruoso, donde destacaban unos amarillentos colmillos.

Muy afilados.

Pamelyn le cogió de la mano para conducirlo hacia el hombre que se desangraba en el suelo.

Se inclinaron sobre él, riendo satánicos. Profiriendo gruñidos de placer.

El *cameraman* realizó un primer plano en ralentí para enrocar las bocas de Pamelyn y su monstruoso acompañante.

Espeluznante.

Pamelyn y el vampiro bebían de la sangre que manaba del pecho del hombre. Mordisqueando su cuerpo, entre los aullidos desgarradores del moribundo. Escarbando con el cuchillo...

—¡Corten!

A la orden del director, todo aquel mundo de terror artificial se desvaneció. Los proyectores se encendieron, eclipsando la roja niebla creada. El operador jefe, el ingeniero de sonido, regidores, decorador, la *script-girl*... Todos, hasta entonces ocultos, asaltaron el escenario. Voces y gritos contrastaron con el sepulcral silencio precedente.

Phil Klauber, el director del filme, se aproximó, sudando copiosamente.

—¿Qué le ha parecido, señor Hiller?

—Escalofriante.

Klauber sonrió, complacido.

—Entonces, le aconsejo no presencie la siguiente toma. El equipo de maquillaje realizará un buen trabajo. Curtis aparecerá con el pecho desgarrado. Pamelyn y Stanley devorando su corazón y...

El director se interrumpió ante la súbita palidez de Hiller. Éste, demasiado sensible, parecía próximo a vomitar.

Harry Brennan se había ido distanciando hacia la salida del hangar. Encendió un cigarrillo, quedando apoyado en el marco de la puerta.

Con la mirada fija en el *plateau*.

Pamelyn Brown, más por temor a un resfriado que por pudor, se había ajustado una corta bata de seda, anudada a la cintura. Tras recibir algunas instrucciones del director, se encaminó también hacia la salida.

Llegó junto a Brennan.

—Has estado magnífica, Pamelyn.

La joven se detuvo. Sus ojos contemplaron con insolencia a Brennan. Sonrió, sensual.

—¿Periodista?

—Soy el fotógrafo del *Playboy*.

—Otro truco, encanto —rió Pamelyn, abandonando el barracón —. Ya he posado en sus páginas centrales.

Brennan caminó junto a la muchacha.

—Entonces..., ¿una entrevista para el *Life*?

—No sigas. Pierdes el tiempo. Ni aunque fueras realmente redactor del *Life* te concedería la entrevista.

—¿Por qué? ¿No te resulto simpático?

Los ojos de la actriz volvieron a posarse en Brennan.

En intensa mirada.

Despidiendo fuego.

—Eres bastante atractivo.

—¿Más que Stanley Ford?

Pamelyn rió alegremente.

—Stanley tiene mejor aspecto sin el maquillaje Cuando no sale de las tumbas, es un muchacho muy guapo. ¿Tienes un cigarrillo?

Brennan le ofreció la cajetilla de «Pall *Mail*». También la llama de un fósforo.

Las manos de Pamelyn abarcaron la de Harry Brennan. Sin apartar sus ojos del detective.

Brennan, reflejado en aquellos maravillosos ojos, no se percató de que la llama estaba ya próxima a sus dedos. Lanzó una exclamación, al mismo tiempo que arrojaba el consumido fósforo.

De nuevo se dejó oír la cantarina risa de Pamelyn celebrando el incidente.

Llegaron junto a uno de los *bungalows*.

—No tienes aspecto de periodista. ¿Cuál es tu nombre?

—Harry Brennan.

—¿A qué te dedicas?

—Soy coleccionista de autógrafos.

Pamelyn se apoyó sobre la puerta del *bungalow*, cruzando los brazos. Aquello entreabrió la bata de seda, mostrando el inicio de sus prominentes senos.

No pareció importarle.

—Has presenciado el rodaje. Eso indica que no eres periodista. Muy pocas personas están autorizadas a permanecer en el *plateau*.

—Yo soy amigo de Warren Broswell.

La risueña expresión de Pamelyn desapareció con brusquedad.

—¿Sabes dónde está Warren?

—Pues...

—Necesito verle. Lleva dos días sin aparecer por aquí y...

—Tal vez pueda localizarle —mintió Brennan, esperando la reacción de la muchacha.

—Te ruego que lo intentes, Harry. Es preciso que hable con él.

—También yo necesito hablar contigo, Pamelyn. Y el tema de nuestra conversación será precisamente Warren Broswell.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no conversamos en tu *bungalow*?

—Ahora no es posible. Me esperan en la cabina de sonido.

—¿Esta tarde?

—Ignoro la hora en que terminaremos el rodaje. Tengo un apartamento en el 1286 de Asher Street. Acude esta noche.

—No faltaré.

—Harry...

—¿Sí?

—Localiza a Warren.

Brennan no hizo ningún comentario. Giró, distanciándose del *bungalow* en dirección al *parking*. Se acomodó frente al volante del «Falcon», realizando la marcha atrás para abandonar el aparcamiento.

En la ventana del tercer *bungalow* descubrió a Jennifer.

La mujer le contemplaba con triste semblante.

Harry Brennan apretó con fuerza las mandíbulas. Se percataba del sufrimiento de Jennifer. Allí, sola, despreciada y humillada..., Conviviendo en un *bungalow* contiguo al de su rival, Pamelyn Brown.

«Esperando a Warren».

También Pamelyn le esperaba.

Sin embargo, Jennifer sabía que Warren Broswell no regresaría jamás.

El «Falcon» llegó ante la salida.

Uno de los individuos del control consultó un tablero donde se anotaban las entradas. Allí figuraba el nombre de Brennan, junto con el número de matrícula del coche. A continuación, se anotó la hora de salida.

La barra móvil se alzó.

Harry Brennan, irritado por todas aquellas medidas apretó con fuerza el pedal del gas. El «Falcon» rugió, saliendo como una exhalación. No redujo la velocidad. El tránsito por Marton Hills era poco intenso.

A los diez minutos de trayecto, los ojos del detective se posaron en el espejo retrovisor.

Un coche iba tras él.

A su misma velocidad.

Brennan dejó de accionar el acelerador para permitir el adelantamiento, pero su seguidor también aminoró la marcha.

Pudo distinguir el coche.

Un «Buick Riviera» color marfil.

El recorrido hasta el centro de San Francisco era largo. El rodar se fue haciendo más lento por los obligados semáforos y el aumento de circulación. Ya en las proximidades de la Market Street, a la altura de la *Post Office*, los ojos de Brennan volvieron al espejo retrovisor.

Sonrió.

El «Buick» seguía tras él.

CAPÍTULO VIII

Harry Brennan estacionó el coche en Saint Street. Antes de abandonar el «Falcon», dirigió una última mirada al espejo retrovisor. El «Buick» también se había detenido a una prudente distancia.

Brennan descendió con fingida indiferencia. Con un cigarrillo humeando en sus labios, encaminó sus pasos hacia un *snack-discotheque* denominado The Clover.

Se introdujo en el local.

Ya había estado en él varias veces, durante su anterior estancia en San Francisco. Era un amplio establecimiento que contaba con *snack*, sala de juegos electrónicos y *discotheque*.

Tenía una segunda salida, que conducía a la parte posterior del edificio. Para llegar a ella había que atravesar la *discotheque*. Ésta, dado lo intempestivo de la hora, aparecía casi desierta. Dos parejas de melenudos, Imposible distinguir él de ella en la oscuridad reinante, intercambiaban microbios en prolongados besos. En la máquina tocadiscos, Daniel Boone berreaba el archiconocido *Beautiful sunday*, ante la indiferencia total de las dos parejas, que iban a lo suyo.

Ni tan siquiera se percataron de la presencia de Brennan, recorriendo la sala en busca de la puerta trasera.

Harry Brennan, una vez fuera del establecimiento, acentuó la amplitud de sus zancadas, dando un rodeo al edificio para situarse de nuevo en Saint Street. A poca distancia del «Buick».

No había nadie en su interior.

Brennan quedó apoyado en la portezuela. Fumando plácidamente, en espera del regreso de su seguidor.

Estaba ahora ante la entrada principal del *snack*. Dudando. Optó por regresar al «Buick».

Harry Brennan le dedicó la mejor de sus sonrisas. Intencionadamente irónica y burlona.

—¿Jugando al escondite, señorita Malden?

La muchacha que viera horas antes en los estudios de la Broswell&Hiller Pictures Corporation quedo paralizada por la sorpresa. Su bello rostro enrojeció como la amapola. Reaccionó con una encantadora sonrisa.

—Le felicito, Brennan. Creí que no había descubierto mi persecución. Es demasiado astuto, lo reconozco. Espero que no me guarde rencor. Somos colegas.

Harry Brennan entornó los ojos.

—¿Colegas?

La muchacha se inclinó sobre la abierta ventanilla del «Buick» para manipular en uno de los apartados del salpicadero. Continuaba luciendo aquel atrevido minivestido. Al inclinarse, la corta falda subió considerablemente, ofreciendo un turbador espectáculo.

Al volverse, sorprendió la vidriosa mirada de Brennan fija en sus piernas. La joven se había apoderado de un pequeño bolso de mano. Extrajo una cartulina, que tendió a Brennan.

Era una credencial a nombre de Suzanne Malden. Una licencia de detective para la Holloway Company.

El rostro de Brennan permaneció inexpresivo.

—¿Colega? Detective de una compañía de seguros. Eres muy graciosa, nena.

—¿Te consideras superior, Harry? —inquirió la muchacha, aceptando el tuteo iniciado por Brennan.

—No, Suzanne. Todos somos basura. ¿Cómo sabes mi nombre y mi condición de detective privado?

—No seas modesto, Harry. Se ha hablado mucho de tu intervención en el caso Demicheli, de los policías sobornados, de la Mafia... Has realizado un magnífico trabajo. Todos los periódicos neoyorquinos te dedican amplios reportajes. Incluso alguno publica tu fotografía. Durante el poco tiempo que te queda de vida, vas a ser más famoso que Onassis.

—Espero vivir muchos años, Suzanne.

—¿Con permiso de la Mafia?

Harry Brennan sonrió con suficiencia.

Le devolvió la credencial.

—Nuestra diferencia, querida... colega, estriba en que yo me enfrento al mundo del hampa, a los corrompidos, a los sucios hijos de perra que abusan del prójimo. Ese prójimo me paga y yo le ayudo. Tú investigas los incendios provocados, robos de joyas aseguradas...

—Y asesinatos.

—¿De veras?

La muchacha no se desanimó por el sarcasmo de Brennan. Inspiró profundamente, haciendo que sus erectos senos se delinearan con más fuerza.

—Al verte en los estudios de la Broswell&Hiller Pictures Corporation, quedé muy sorprendida. ¿Qué hacía allí el famoso y astuto Harry Brennan?

—Puedo responder a esa pregunta, pequeña. Estoy de vacaciones en San Francisco. Disfrutando de un merecido descanso. Me une una gran amistad con los Broswell. Acompañé a Jennifer hasta los estudios. Eso es todo.

—¿Has hablado con Warren Broswell?

La pregunta de Suzanne era marcadamente intencionada.

Brennan se puso alerta.

—No. No le he visto últimamente.

—Tampoco nosotros, Harry. La Holloway Company tiene interés en hablar con él, pero parece que se lo ha tragado la tierra. Bien, Harry. Ha sido un placer saludarte.

Suzanne hizo ademán de abrir la portezuela del «Buick».

Brennan se lo impidió, reteniéndola por el brazo.

—¿Te marchas?

—Ajá.

—¿Sin explicar el porqué me perseguías?

—Ya no tiene importancia. Te he pedido disculpas, ¿no?

—Eso no me basta.

—De acuerdo. Creí que estabas investigando algo en la Broswell&Hiller Pictures Corporation. Imaginé conveniente la posibilidad de una colaboración, si es que seguimos un mismo fin.

Harry Brennan quedó unos segundos en silencio.

Mirándose en aquellos verdes ojos.

—Tal vez para ayudarte.

—¿Hablas en serio?

—Seguro, Suzanne. ¿Ya has almorzado?

—Esperaba que me invitaras.

Brennan no pudo evitar una amplia sonrisa.

Condujo a la muchacha hacia el *snack* The Clover buscando la más discreta de las mesas. Tras una superficial mirada a la minuta, eligieron el almuerzo.

Harry Brennan, tras ofrecer su cajetilla de tabaco a la muchacha, encendió un cigarrillo.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu problema?

—La muerte de Dean Lindfords. Era el guionista de *The vampire*. Sufrió un accidente ayer noche, cuando conducía su «Ford Mustang» por Dawson Road.

—¿Dawson Road? Zona poco recomendable para un paseo en coche. La carretera es sumamente peligrosa, y bordeada por profundos acantilados.

—Lindfords se despeñó por uno de esos acantilados. Ya se ha efectuado la autopsia. Dean Lindfords había ingerido grandes dosis de alcohol.

—Entonces, no debe sorprender el accidente.

Los gordezuelos labios de Suzanne apresaron voluptuosamente el cigarrillo. Sin apartar sus ojos de Brennan.

—Lo que sí resulta extraño es el hecho de que Lindfords jamás probaba el alcohol. Era abstemio.

—¿Se ha comprobado eso?

—Sin lugar a dudas.

—Nada demuestra, nena. Las compañías de seguros siempre buscan tres pies al gato para no pagar la póliza.

—No nos juzgues mal, Harry —dijo Suzanne con gracioso mohín—. La Holloway Company concertó con Broswell&Hiller Pictures Corporation un extraño seguro. A Pamelyn Brown y Stanley Ford, como figuras principales de *The vampire*, se les aseguró la vida en la fabulosa cantidad de doscientos cincuenta mil dólares, O cada uno. ¿Qué te parece?

Brennan se encogió de hombros.

—El mundo está podrido, Suzanne. Nadie daría un centavo por mi pellejo. Otros, sin embargo... Lo dicho, pequeña. La vida es un asco. Por los que realmente valemos, nadie suelta un dólar. ¿A cuánto se cotizaba Dean Lindfords?

—Cincuenta mil dólares. Phil Klauber, director de *The vampire*, tiene una póliza por cien mil dólares.

—¿Alguien más?

—No. Esos cuatro. Protagonistas, director y guionista. Ya ha caído uno de ellos, Harry.

Brennan rió en burlona carcajada.

—No seas pesimista. Vuestra norma es exprimir al cliente hasta que se muera de viejo.

—Lindfords no será el único en morir.

—Explícate mejor, Suzanne. Dean Lindfords ha muerto en un accidente de coche. ¿Correcto? Tú has investigado, y supongo que la policía también ha husmeado por el lugar del suceso. Se ha realizado la autopsia, sin encontrar nada sospechoso. ¿Me equivoco?

—Lindfords tenía en el cuerpo suficiente alcohol como para embriagar a un elefante.

—Tal vez celebraba algo. Un amigo mío, que jamás había probado el alcohol, el mismo día en que murió su mujer se bañó en *whisky*. Todavía le dura la resaca.

—Esto es un asunto muy serio, Brennan. No es lógico que Lindfords...

—La Holloway Company espera no tener que soltar los cincuenta mil dólares —interrumpió Brennan—. Siempre ocurre igual. Moviliza todos sus peones para descubrir cualquier leve indicio, una pista..., algo que demore la entrega del dinero. Dar largas al asunto. Un fulano sufre un atropello en el *subway*, le son amputadas las piernas y los brazos. Apuesto a que la compañía de seguros aún duda de declararle incapacidad total. Tú consideras sospechoso el que Dean Lindfords se emborrachara. La vida es dura, muñeca. Existen muchos motivos para que un día entre la tentación de vaciar una botella de *whisky*.

—No es eso precisamente lo más sospechoso, Harry Warren Broswell, en nombre de la productora, formuló el contrato con nosotros. Asegurando las vidas de Pamelyn Brown, Stanley Ford, Phil Klauber y Dean Lindfords. Los responsables más directos de la filmación de *The vampire*. No nos sorprendió. Muchas productoras cinematográficas lo hacen. Lo que sí nos intrigó fue la cláusula impuesta por Broswell. En caso de muerte de cualquiera de los

asegurados, se abonaría la cantidad estipulada en el plazo máximo de cuarenta y ocho horas.

—Supongo no aceptaríais.

—Le preguntamos los motivos. Según Broswell, se está empleando todo el capital de la productora en *The vampire*. Cualquier imprevisto paralizaría el rodaje, dado que no se pueden salir del presupuesto fijado. Éste es desorbitado para una película de vampiros, aunque creo que se trata de una gran superproducción. Si el director sufre un accidente mortal, es una suposición, se debería contratar otro, con el consiguiente desembolso extra. Warren Broswell, con esa cláusula, se protege de toda posible desgracia que pueda acontecer. Estaba dispuesto a pagar un lógico sobrecargo en la cuota.

—Y la Holloway Company aceptó.

—Sí. Pagaría la póliza a las cuarenta y ocho horas, siempre que la muerte fuera accidental. No asesinato.

Comprendo. Y tú estás buscando desesperadamente al posible asesino de Lindfords. Lo encontrarás en la autopsia. Una botella de *whisky*, *brandy*, ginebra... Cualquiera de ellas acabó con Dean Lindfords.

—Existe un culpable, Harry.

—¿De veras? ¿Quién?

—Warren Broswell.

CAPÍTULO IX

Concluido el almuerzo, había pasado a la sala *discotheque*.

Desierta por completo.

Las dos parejas de melenudos, sin duda, tomaban el pienso en sus respectivos hogares.

Suzanne permaneció unos minutos frente a la máquina tocadiscos, seleccionando varios *singles*.

Harry Brennan, desde una de las mesas, se dedicó a contemplarla. Se reconoció un tipo afortunado. Últimamente estaba alternando con ejemplares dignos de figurar en el Olimpo.

Sí.

Suzanne era una verdadera diosa.

Aquel minivestido que graciosamente lucía era más provocativo que el traje de Eva.

La muchacha se aproximó a la mesa, con innato ondular de caderas. Con aquella encantadora sonrisa a flor de labios.

En la máquina tocadiscos se inició el *Tumbling dice* de los fabulosos Rolling Stones.

La joven se acomodó junto a Brennan. Muy divertida por la mirada de admiración que se reflejaba en los ojos del detective.

—¿Te ocurre algo, Harry?

—Oh, no... Simplemente te contemplaba, Suzanne.

Eres maravillosa. Tu único defecto es jugar a detectives.

—¿Jugar? Tengo mi licencia, Harry. Al igual que tú.

Brennan sonrió imperceptiblemente.

Eh, de momento, ni tan siquiera tenía la licencia.

—Bien, pequeña. No he querido estropear la comida, pero ahora, mientras saboreamos el café, me explicarás qué absurdas ideas surgen de esa linda cabecita. Warren Broswell es el asesino de Lindfords, ¿eh?

—Yo no he dicho eso.

—Lo has cejado entrever.

—Bueno... ve... resulta muy sospechosa su desaparición. Ayer hablé con Jennifer. Le pregunté por su marido, y no supo darme respuesta. Hace tres días que no sabe nada de él.

—¿De veras?

Suzanne arrugó su respingona nariz, en mohín de disgusto. Sus verdes ojos destellaron con fuerte fulgor.

—No sigas fingiendo conmigo, Harry. Sé que Jennifer es tu cliente, y también conozco la misión encomendada. Ella me lo ha dicho.

Brennan aparentó una indiferencia que estaba muy lejos de sentir. Gen lentos ademanes, se apoderó de la copa de *brandy*, bebiendo a pequeños sorbos. Sin mirar a la muchacha, inquirió:

—¿Qué te ha dicho Jennifer?

—Todo. La vi muy nerviosa y comencé a acosarla a preguntas. Está intranquila y asustada por la ausencia de Broswell. Por eso contrató tus servicios. Para que descubrieras el paradero de su marido.

El ahogado suspiro de Harry Brennan pasó desapercibido para la joven.

Bien.

Jennifer no había mentido.

Buscaba a Warren Broswell.

Buscaba... su cadáver.

—¿Por qué me lo habías ocultado, Harry? Tu embuste de las vacaciones no me convenció. Yo te lo he contado todo.

—No es mi costumbre pregonar el nombre del cliente ni el trabajo encomendado. Un buen detective jamás lo hace.

Los ojos de Suzanne relampaguearon ahora furiosos.

—Lo tendré en cuenta.

Harry Brennan se inclinó sobre la muchacha. Súbitamente, la besó en la comisura de los labios. Ella retrocedió dando un respingo.

—Con este beso liemos hecho las paces, nena. Vamos a colaborar juntos. Empieza por responder a una pregunta: ¿Cuándo acudió Broswell a formalizar la póliza con la Holloway Company?

—Pues... alrededor de los diez días. No más de quince.

—¿Ya se había iniciado el rodaje de *The vampire*?

—Sí.

—Hay algo que no acabo de entender. Jennifer rodó un par de semanas. Hace tan sólo unos días que le fue comunicada su sustitución por Pamelyn Brown. ¿Cómo Broswell realizó el seguro a nombre de Pamelyn?

—Broswell nos dijo que su mujer, Jennifer Ferdin de nombre artístico, cesaba en el rodaje de *The vampire*, y que sería reemplazada por Pamelyn Brown. De ahí que, al asegurar a los principales actores, figuraran únicamente Pamelyn y Stanley. Jennifer ya quedaba descartada.

Brennan permaneció en silencio.

Pensativo.

Con la mirada fija en el fondo de su copa de *brandy*.

Si hacía quince días, momento de firmar la póliza, Warren Broswell había decidido sustituir a Jennifer, ¿por qué no se lo dijo?

¿Por qué esperó a comunicárselo en Beverly Hills, con un retraso de más de diez días?

¿Por qué permitió que Jennifer continuara rodando *The vampire*?

Pamelyn Brown llevaba muy pocos días en los estudios.

—¿Puedo conocer tus ocultos pensamientos, Harry?

—Son demasiado confusos. Mañana espero ordenar las piezas del rompecabezas, Suzanne.

—¿Por qué mañana?

—Esta noche tengo una cita con Pamelyn. Sus respuestas me ayudarán a solucionar el caso.

—¿El tuyo o el mío?

Brennan depositó la copa de *brandy* sobre la mesa para acto seguido acariciar la mejilla izquierda de la joven.

—Tú, por el momento, no tienes caso que solucionar, pequeña. La muerte de Lindfords fue un accidente. Os toca pagar.

—Entonces es tu caso el que Pamelyn puede ayudar a solucionar, ¿no? La extraña y súbita desaparición de Warren Broswell. Espero que, cuando descubras su paradero, me lo comuniques. Tengo interés en hablar con Broswell. ¿Me lo prometes?

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Quiero algo a cambio de esa información.

—No juegas limpio, Harry. Yo no he puesto condiciones. ¿Qué quieres?

Brennan continuaba con la mano derecha en la mejilla de la muchacha. La atrajo contra sí, buscando otra vez sus gordezuelos labios. El beso, en esta ocasión, no fue fugaz.

Harry Brennan lo realizó a dos manos.

Abarcando la cintura femenina, después, de que sus manos descendieran suavemente por la espalda de Suzanne.

La muchacha dudó una fracción de segundo, pero terminó por corresponder a la caricia. Sus brazos se enroscaron en el cuello de Brennan.

—Harry...

—¿Sí?

—Por favor suéltame...

Cuando una mujer dice eso, es que desea todo lo contrario.

Harry Brennan, buen conocedor del sexo débil, la estrechó con más fuerza entre sus brazos. Besando una vez más los entreabiertos labios de Suzanne. Los dedos de la joven se enortijaron en el cabello de Brennan.

En la máquina tocadiscos le había llegado el turno al cuarteto Looking Glass para ejecutar su famoso *Brandy*.

Ni Suzanne ni Brennan les hacían el menor caso.

Fue la muchacha la primera en separarse.

Roja como la grana.

Respirando entrecortadamente. Sus juveniles senos subían y bajaban, descompasados. También los labios de Suzanne balbuceaban, trémulos.

—Eres un sinvergüenza.

Brennan parpadeó.

Aquello sí tenía gracia.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Te has tomado demasiadas libertades, Harry. Me has cogido desprevénida y...

—¿Desprevénida? ¡Diablos! ¿Qué harás cuando actúes deliberadamente?

De nuevo el rubor acudió a las mejillas de Suzanne, acentuándose hasta la raíz de los cabellos.

Decidió cambiar de tema.

—Espero que, al menos, no hayas olvidado tu promesa.

—Con tus besos se olvida uno de todo, nena.

—Empiezo a comprender tu sucio juego, Harry. Te has estado burlando de mí. Sonsacando información.

—¿Información? No seas ilusa. Todo cuanto me has dicho lo sabía por boca de Harold Hiller —mintió parcialmente Brennan.

Hiller tan sólo le había mencionado la póliza de Dean Lindfords. Ocultando la peculiar cláusula impuesta por su socio Broswell.

—¿No piensas colaborar conmigo, Harry?

—Por supuesto que sí. Unidos, ¿eh? Muy unidos.

—¡Vete al...! —Suzanne se interrumpió, mordiendo instintivamente el labio inferior. Decidió cambiar de táctica. Su voz se tornó dulce y sensual—. Me has dado tu palabra, Harry.

—Siempre la cumplo.

—¿Aceptas mi invitación a cenar? Quiero corresponder a tu generoso almuerzo.

Brennan sonrió.

Sospechaba las intenciones de la muchacha.

No perderle de vista. Sin duda quería conocer el resultado de su proyectada visita a Pamelyn Brown.

—Acepto encantado.

—Te daré mi domicilio. ¿Te parece bien a las siete?

—¿Por qué no acudes a recogerme al hotel? Debo esperar allí unos informes. Me hospedo en el Garrick.

—¿A las siete?

—*Okay*.

—No trates de darme el esquinazo, Harry. Te lo advierto. Si localizas a Warren Broswell, me lo comunicas de inmediato. Debo hablar con él.

Una extraña sonrisa se dibujó en los labios de Brennan.

Suzanne.

Pamelyn...

Todas querían hablar con Broswell.

—Pero ¿se puede hablar con un cadáver?

CAPÍTULO X

Harry Brennan se hallaba ya instalado en su habitación del Garrick Hotel.

Al llegar al establecimiento, el recepcionista le hizo entrega de un voluminoso sobre a su nombre.

Brennan procedió, en primer lugar, a darse una ducha de agua fría.

La necesitaba.

Debía borrar de su mente los gordezuelos labios de Suzanne.

Con el sobre, aún sin abrir, en su mano derecha, se tumbó cómodamente en el lecho. En la mesilla de noche, a botella de «Johnny Walker» solicitada y una cajetilla de «Winston».

Cuatro dedos de *whisky* en el vaso, que vació de un solo trago. Sin hielo ni soda.

Harry Brennan, reclinado en la cabecera del lecho, sopesó el sobre. No llevaba remite.

Sin duda, se trataba de la información prometida por Thomas Scofield.

Aunque...

¿Por qué no una carta-bomba procedente de la Mafia?

No era la primera vez que empleaba tan drásticos procedimientos. Era forma fácil y rápida de eliminar a un enemigo. Sin complicaciones y sin el menor riesgo de dejar comprometidas huellas.

El mecanismo de una carta-bomba es sencillo. Escasos gramos de explosivo plástico moldeable, y un detonador activadle por percusión. Un émbolo especialmente diseñado, terminado en aguja y retenido por un muelle, se dispara en el momento de rasgar el sobre de la carta-bomba.

La explosión te lleva de inmediato al Más Allá, sin dar tiempo a rezar tus oraciones de despedida.

Harry Brennan continuaba con la mirada fija en el sobre.

Tenía dos métodos para averiguar si se trataba de una peligrosa y mortífera carta-bomba.

Someterla al examen de una pantalla de rayos X... o abrirla.

Desgraciadamente, las habitaciones del Garrick Hotel no contaban con instalación de rayos X. Calefacción, aire acondicionado, televisor, teléfono, baño privado... pero no rayos X.

Sólo se podía optar por el segundo procedimiento.

Harry Brennan rasgó el sobre.

Sin el menor temblor en sus manos, ni el pensamiento puesto en la temible Mafia neoyorquina.

Sonrió.

Allí estaban los informes solicitados a Thomas Scofield.

Amplios, y con toda clase de detalles. Tal y como era norma en la organización dirigida por Scofield. Siempre la máxima información al cliente.

Brennan se inició en los datos correspondientes a la vida de Harold Hiller.

Herederó de una fabulosa fortuna familiar. Su vida era monótona y gris. Más bien triste, por la soledad que en ella se adivinaba. Harold Hiller, solterón empedernido, se introdujo en el mundo cinematográfico allá por el año 1926. Engatusado por una jovencita de nulo arte y muchas curvas, llamada Mariette Farrell. Hiller, pobre iluso, quiso superar el *West Side Story*, ganador del Oscar en el año anterior.

Un fracaso rotundo.

Perdió el dinero invertido y, lo más lamentable, a Mariette. La chica se largó con el decorador del filme engendro.

Harold Hiller, con ésa cabezonería propia de los individuos que disponen de mucho dinero para perder, continuó como productor cinematográfico. De fracaso en fracaso.

Harry Brennan se sirvió un segundo vaso de *whisky*. Atrapó la cajetilla, encendiendo un cigarrillo. Exhaló una bocanada de azulado humo, fijando su atención en el segundo informe.

Correspondiente a Pamelyn Brown.

—Veinte años... vividos intensamente. Nacida en Nampa (Idaho) de una familia de criadores de ovejas. A la edad de dieciocho años abandonó el hogar para acompañar a un atractivo agente de Bienes

Raíces. En Nevada quedó sola. Deambuló por los clubs y salas de juego de Reno, Virginia City, Las Vegas... Actuó con notable éxito en un *night-club*. De allí fue contratada para una sala de Los Ángeles. Interpretó pequeños papeles por Hollywood. Muy mal pagados, pero con la ventaja de no gastar ni un centavo en el vestuario de sus filmes. En el Festival de Cine de San Francisco organiza un espectacular escándalo, que le sirve para posar en el *Playboy*. En ese mismo festival cinematográfico es presentada a Warren Broswell. Y éste le concede el papel estelar de *The vampire*.

Bien.

Así de sencillo.

Harry Brennan profirió una soez, maldición.

No había relación íntima entre Pamelyn y Broswell. De existir, habría sido descubierta y relatada en el informe de Scofield.

Muy extraño.

Warren Broswell sustituye a Jennifer en *The vampire* para dar el papel a una *starlette* semidesconocida del gran público.

Muy generoso.

¿Por qué?

Harry Brennan pasó al siguiente informe.

El correspondiente a Warren Broswell.

Lo leyó más superficialmente.

Conocía bien a Broswell desde su matrimonio con Jennifer. Allí se narraba la ejecutoria triunfal de Warren Broswell como productor cinematográfico. Una línea ascendente que se interrumpe dos años atrás. Con el rodaje de *Sonoma* y siguiendo con *In the heart of the city*, *Black Power*, *Bloody Tower*... Todas aquellas películas inician una alarmante curva descendente. El *thriller*[2], la especialidad de Broswell, comienza a originarle considerables pérdidas. Por eso se pasa a los filmes románticos, y su fracaso es aún mayor. *Winter morning* marcó su total hundimiento.

Su salvación fue unirse a Harold Hiller para crear la nueva productora.

Harry Brennan también estudió las condiciones del contrato de la Broswell&Hiller Pictures Corporation. Muy detenidamente. Allí podía estar la clave de todo.

Thomas Scofield, en un alarde de eficacia, había conseguido una

fotocopia del contrato.

Brennan prosiguió la lectura.

De nuevo su diestra fue en busca del vaso de *whisky*. No pudo ocultar un leve temblor. La lectura de aquel contrato, en toda su extensión, proporcionaba más hipótesis al misterioso caso.

Demasiadas.

Lo último del informe era lo relacionado a la «German Luger». Pistola registrada a nombre de Warren Broswell y adquirida en Los Ángeles. En cuanto a la mancha de sangre en la alfombra...

Brennan sonrió.

Thomas Scofield era astuto.

Endiabladamente astuto.

Junto a los datos del análisis figuraba una breve anotación.

«Tipo de sangre correspondiente a Warren Broswell».

Aquello ahorraba a Brennan el tener que solicitar de Jennifer un certificado médico donde constara el tipo de sangre de su marido.

La mancha de sangre encontrada en el despacho de Beverly Hills correspondía a Warren Broswell. Quedaba demostrada la versión de Jennifer. Disparó contra Broswell, alcanzándole en la frente.

Muerte instantánea.

Un desgraciado accidente.

Todo correcto.

Pero... ¿dónde diablos estaba el cadáver?

El teléfono depositado sobre la mesa de noche comenzó a sonar, interrumpiendo los pensamientos del detective.

Brennan atrapó el auricular.

—¿Sí?

—La señorita Malden le espera en recepción, señor.

Harry Brennan dirigió una rápida mirada a la esfera del reloj.

Consultando el informe de Thomas Scofield, el tiempo había transcurrido velozmente. Y ya Suzanne le esperaba para la cena.

—Dígale que suba.

—Un momento, señor...

El conserje del hotel hizo una breve pausa, sin duda para comunicarse con Suzanne. De nuevo se dejó oír su voz a través del micro:

—La señorita Malden prefiere esperarle en recepción, señor.

Brennan sonrió.

La muchacha desconfiaba de él.

—*Okay*. Bajaré en unos minutos.

El detective colgó el auricular, saltando ágilmente del lecho.

Guardó todos los papeles proporcionados por Scofield en uno de los compartimientos de su valija, y procedió a vestirse. También se ajustó una funda sobaquera donde reposaba un revólver del treinta y ocho.

Tal vez lo necesitara.

Tras la cena con Suzanne, debía acudir al domicilio de Pamelyn Brown.

Y allí esperaba la muerte.

CAPÍTULO XI

El apartamento de Pamelyn Brown estaba enclavado en uno de los mejores edificios de Asher Street. Decorado con todo lujo. Constaba de amplio *living*, salón-comedor dos dormitorios y cocina.

Pamelyn hacía tan sólo dos horas que había concluido su trabajo en los estudios de la Broswell&Hiller Pictures Corporation. Cenó frugalmente en un *snack* de Marton Hills, antes de acudir a su apartamento. Ahora, en espera de la visita de Harry Brennan, decidió tomar un baño.

Del magnetófono depositado sobre uno de los muebles del dormitorio, escapaba la voz del *bluesman* Johnny Winter.

Pamelyn se descalzó, utilizando el femenino procedimiento de impulsar los zapatos por el aire. Lucía una minitúnica en punto blanco estilo camisero. Procedió a despojarse de los finos leotardos en tonalidades *beige*. Sus piernas, de largos y esbeltos muslos, se mostraron generosamente.

Pamelyn ignoraba que alguien la estaba observando.

Que unos fríos ojos, desde la apenas entreabierta puerta del dormitorio, seguían todos sus movimientos.

La muchacha se despojó del vestido, quedando con un atrevido dos piezas. Se encaminó hacia la sala de baño, accionando el mando del agua caliente. Mientras se llenaba la bañera, se contempló en el espejo, comenzando a quitar el maquillaje de su rostro.

Había dejado la puerta del baño abierta para poder oír la posible llamada del timbre del apartamento.

El vapor ya humedecía el espejo.

Pamelyn abrió ahora el grifo del agua fría. Echó aromáticas sales y un *gel* especial para suavizar la piel. Ella no lo necesitaba. Su cuerpo era seductoramente terso y suave.

Las dos prendas interiores quedaron sobre la alfombra del baño.

La joven se introdujo en aquella nube de espuma.

No se percató de que la puerta del dormitorio se había ido abriendo lentamente.

Muy lentamente.

Empujada por una enguantada mano. Una negra figura avanzó, cautelosa, por el dormitorio, en dirección al mueble donde se encontraba el *cassette*. Una mano enfundada en negro guante aumentó el volumen del aparato.

Los *blues* de Johnny Winter resonaron con más fuerza.

Pamelyn se percató del aumento de volumen en el *cassette*, pero lo supuso debido a deficiencias del aparato. Prosiguió con su estimulante baño, semicubriendo su seductor cuerpo por una perfumada nube de espuma.

Las enguantadas manos ya estaban próximas a la abierta puerta del baño. Unos ojos de fría y cruel mirada se posaron en el espejo.

Desde allí podía ver a Pamelyn.

Pero también ella podía descubrir a la negra figura que permanecía agazapada. Con los dedos engaritados. Dispuesta a saltar sobre su víctima.

No esperó más.

En aquellos fríos ojos se acentuó el satánico brillo.

Por el espejo ya había estudiado detenidamente la posición de Pamelyn.

Su súbita entrada en el cuarto de baño fue veloz. Como una diabólica aparición de ultratumba. Cuando Pamelyn se percató del intruso, ya unas enguantadas manos se ceñían en su garganta, cortando su grito de terror.

Aquellas manos no ejercieron presión.

Alzaron levemente a Pamelyn para acto seguido golpear su cabeza contra uno de los bordes de la bañera.

Los desorbitados ojos de Pamelyn se cerraron, semiaturdida por el golpe recibido. No perdió por completo el conocimiento, Al intentar abrir de nuevo los ojos, se vio bajo el agua.

Pamelyn comenzó a bracear desesperadamente.

Una siniestra risa llegó, lejana, a sus oídos.

Las enguantadas manos sujetaban con fuerza la cabeza de Pamelyn. Aprisionándola contra el fondo de la bañera.

El bracear de la muchacha se fue haciendo más lento. Unas

burbujas llegaron a la superficie, rompiendo la capa de espuma.

Los brazos de Pamelyn quedaron inertes.

La negra figura se incorporó.

Al cesar la presión, la cabeza de Pamelyn quedó flotando. Los ojos cerrados y su bello rostro desdibujado bajo las aguas.

Pamelyn, en los últimos instantes, se había resignado a su triste suerte.

Unos fríos ojos contemplaron, satisfechos, su obra.

Sobre el borde de la bañera, en el lugar donde golpeó la cabeza de Pamelyn, aún era visible una pequeña mancha de sangre.

Las enguantadas manos atraparon ahora una pastilla de jabón, arrojándola en la bañera.

Todo perfecto.

Pamelyn resbala, golpeándose, y quedando aturdida. Incapaz de reaccionar, muere ahogada.

Un lamentable accidente.

Aquella versión oficial ocultaría la realidad de un monstruoso crimen.

CAPÍTULO XII

Harry Brennan dirigió una penetrante mirada a la muchacha.

Suzanne iba frente al volante. Conduciendo su «Buick». Ahora lucía un juvenil conjunto de blusa y falda. Sus túrgidos senos se modelaban bajo la blusa camisera en *crépe-rayón* rosa. La falda, del mismo color, a mitad del muslo. Calzaba altas botas de negra piel.

—Habías invitado tú a cenar, ¿no es cierto, nena?

—Ajá.

—Sin embargo, he pagado yo.

Suzanne dio rienda suelta a los cascabeles de su garganta. Aquella encantadora risa estremeció a Brennan, resecaando su garganta.

—No dudaba de tu galantería, Harry. Era lógico que pagaras tú. Eres el detective más famoso de Nueva York. Estás forrado de dólares. ¿Me equivoco?

Brennan hizo una extraña mueca.

Calculó mentalmente su capital. Ignoraba a cuánto ascendía la nómina de Scofield. De seguro no le llegaría el dinero. Le quedaba la esperanza que, de salir todo bien, Jennifer se mostrara generosa en sus honorarios.

—Todas las mañanas enciendo el cigarrillo con un billete de cien dólares.

—¿Cómo sigues soltero?

—Te esperaba a ti —dijo Brennan, colocando su mano derecha sobre la rodilla femenina.

Suzanne no opuso resistencia.

Incluso sus carnosos labios esbozaron una sensual sonrisa.

—Harry...

—¿Sí?

—Estamos llegando al domicilio de Pamelyn.

—Lo sé.

—Me gustaría estar presente en tu conversación con ella.

—No, nena.

—Prometo no intervenir.

Harry Brennan chasqueó repetidamente la lengua.

La sonrisa se borró de los labios de Suzanne.

—Entonces, quita tu zarpa de mi rodilla.

Brennan obedeció, riendo en alegre carcajada.

El «Buick» ya se había adentrado por Asher Street. Circulaba a la altura del número 800. Por el Howerd Park. Suzanne accionó con más fuerza el pedal del gas. Aquel movimiento hizo subir más su corta falda con gran regocijo de Brennan.

—¿Estás enfadada, nena?

—Olvídame.

Harry Brennan se llevó un cigarrillo a los labios, reclinándose en el asiento. El «Buick» llegó pronto a su destino, deteniéndose suavemente frente al 1286 de Ash Street.

—No me esperes más de quince minutos.

—¡Por supuesto que te esperaré! —exclamó, furiosa, Suzanne—. Colaboramos juntos. ¿Lo has olvidado? Quiero conocer el resultado de tu entrevista con Pamelyn. Tal vez resulte de interés para la Holloway Company.

Brennan se encogió de hombros.

Abandonó el coche para encaminar sus pasos hacia el moderno edificio. El conserje no estaba tras el mostrador. Por los casilleros de la correspondencia averiguó el apartamento de Pamelyn Brown.

Planta sexta, apartamento D.

Harry Brennan se introdujo en uno de los elevadores.

Minutos más tarde pulsaba el llamador de la puerta señalizada con la letra D. Tras una prudente espera volvió a presionar el botón de llamada.

Con igual resultado.

Sin obtener respuesta.

Brennan dudó unos segundos. Tal vez Pamelyn hubiera olvidado la cita o decidido pernoctar en el *bungalow* de los estudios.

Un sexto sentido obligó a actuar a Brennan. Arriesgando la retirada definitiva de su licencia de detective. El allanamiento de morada estaba penado por la ley.

Harry Brennan extrajo del bolsillo de su chaqueta un diminuto

juego de ganzúas. Manipuló en la cerradura del apartamento. A la cuarta tentativa, se abrió la puerta.

El *living* estaba iluminado.

También una de las habitaciones del pasillo. La correspondiente al dormitorio cuya puerta estaba totalmente abierta.

Brennan quedó unos instantes bajo el umbral.

Sus ojos recorrieron la estancia. Zapatos en el suelo, unas medias, el vestido... Sobre uno de los muebles vio el magnetófono. Se había desconectado automáticamente al finalizar la cinta, pero uno de los pilotos indicadores permanecía encendido.

Harry Brennan tocó el aparato con la yema de los dedos.

Aún estaba algo caliente.

La mirada del detective quedó fija en la puerta que conducía a la sala de baño.

Una tenue palidez recubrió el rostro de Brennan al contemplar el macabro espectáculo.

Pamelyn Brown semiflotaba sobre el agua de la bañera. La negra mata de su pelo se esparcía sobre la superficie del líquido. Sus pies sobresalían. La espuma se había reducido, haciendo visible el rostro de la muchacha. Hinchado, desencajadas sus facciones...

Harry Brennan también descubrió la mancha de sangre.

¿Un accidente?

El detective apretó con fuerza las mandíbulas.

No.

Aquello no había sido un accidente.

Mentalmente, juró castigar al culpable. Aplastar al repugnante asesino que había truncado la vida de Pamelyn, sus ilusiones, sus deseos de vivir...

Brennan volvió sobre sus pasos. Con un pañuelo borró las posibles huellas dejadas en el *cassette*. También limpió la cerradura de la puerta principal.

El elevador le depositó en la planta baja. Afortunadamente el conserje seguía sin aparecer.

Abandonó el edificio.

Suzanne le esperaba, apoyada en la portezuela del coche. Fumando un cigarrillo mentolado. Parpadeó, sorprendida.

—¿Ya de regreso? ¿No estaba Pamelyn?

—¿Conoces el domicilio de Stanley Ford?

—Sí, pero...

—¡Vamos allí de inmediato! —ordenó Brennan, empujando a la muchacha hacia el interior del «Buick».

—¿Qué ha ocurrido, Harry?

—Tú tenías razón, pequeña. Dean Lindfords no será el único muerto.

Suzanne palideció.

—¿Pamelyn?

—Sí. Está arriba. Muerta.

—Cielos... ¿Crees que Stanley Ford corre peligro? Harry Brennan había endurecido sus facciones. También en sus ojos se reflejaba un peligroso brillo.

—Dudo que lleguemos a tiempo, Suzanne. Stanley Ford ya estará camino del Más Allá.

CAPÍTULO XIII

La muchacha desorbitó sus verdes ojos contemplando, estupefacta, a Brennan...

—¿Sabes lo que has hecho, Harry? Si se descubre que has entrado en el apartamento de Pamelyn, pueden culparte de su muerte.

—No he dejado ninguna huella.

Suzanne desvió la mirada para concentrarse en la conducción del vehículo.

—Ha sido muy arriesgado, Harry.

Lo sé, pero tenía la corazonada de que Pamelyn estaba allí.

—Según me has contado, todo parece indicar que fue un accidente. Pamelyn resbaló y...

—Fue un asesinato.

—¿Cómo entró el asesino? La puerta del apartamento estaba cerrada y... Suzanne se interrumpió, comprendiendo lo estúpido de su pregunta.

Brennan sonrió, comprensivo.

Suzanne era extraordinariamente bonita. Que tuviera inteligencia ya era pedir demasiado.

—Pudo entrar utilizando mi procedimiento, o tal vez estuviera en posesión de la llave.

—¿Sospechas de alguien?

—Tengo en mente demasiados sospechosos. ¿Falta mucho para llegar al domicilio de Ford?

—No. Ya estamos cerca. ¿Crees, en verdad, que corre peligro?

—La muerte de Pamelyn, junto con la de Dean Lindfords, representan para la Broswell&Hiller Pictures Corporation la bonita cantidad de trescientos mil dólares, ¿no?

—Correcto. Doscientos cincuenta mil por Pamelyn, y cincuenta mil por Lindfords.

—Puedes añadir doscientos cincuenta mil más de la póliza de Stanley Ford.

—Sería absurdo, Harry. Desencadenar una serie de muertes, aunque parezcan accidentales, resultaría sospechoso. Si es que existe un asesino, descansará hasta asestar el próximo golpe. Además, ¿por qué Ford y no el director Klauber?

—Por Klauber sólo son cien mil dólares.

—La póliza de Lindfords era aún más reducida. Y sin embargo, fue el primero en morir.

—¿Qué diablos te ocurre, Suzanne? ¡Tú eras la convencida en que los asegurados morirían asesinados!

—Sí, es cierto... —asintió la muchacha nerviosamente—. No obstante, me parece absurdo desencadenar una serie de muertes.

—Me gustaría estar equivocado, nena; pero no doy un centavo por la piel de Ford.

El «Buick» se había adentrado en el barrio Geer. Una de las zonas residenciales más elegantes de San Francisco. Stanley Ford habitaba en el 1482 de Stezak Boulevard.

—Ya hemos llegado, Harry. Es aquí...

Unos altos setos circundaban el *bungalow*. La verja de entrada aparecía abierta. El asfaltado sendero trazaba un perfecto círculo, pasando por el porche de la vivienda. Dentro de ese círculo, un bien cuidado jardín.

Cuatro coches estaban frente a la entrada del *bungalow*. Junto a la piscina reinaba gran bullicio. Seis hombres y ocho mujeres deambulaban por el jardín, portando vasos de *whisky*. Sus gritos y exclamaciones estaban dedicados a una mujer.

El «Buick» conducido por Suzanne había llegado frente a la casa.

—Creo que Stanley goza de muy buena salud. A no ser que estén celebrando su muerte.

Brennan no hizo ningún comentario. Abandonó el coche, seguido de Suzanne. Se encaminaron hacia la piscina. Un estridente LP de Gary Glitter resonaba con fuerza. Rivalizando con los gritos de los ahí reunidos.

La atención se centraba en una de las mujeres. Realizaba un *strip-tease* a ritmo de *rock and roll*.

Fascinante.

Un individuo se aproximó, vacilante. Comenzó a vaciar la

botella de *whisky* sobre el cuerno de la mujer entre las risotadas de la concurrencia. Ella le propinó un violento empujón, haciéndole caer a la piscina.

Las risas se redoblaron.

—Vamos a la casa —dijo Brennan, asqueado por el espectáculo—. Tal vez allí encontremos a Ford.

—No es necesario, Harry. Es aquel que está en el balancín.

Brennan no le había reconocido.

Stanley Ford, sin su maquillaje de vampiro, era un fulano de rostro más bien atractivo. Estaba abrazado a una muchacha de opulentos senos.

—Stanley...

El actor no hizo el menor caso a la llamada. Brennan se vio obligado a golpearle suavemente en el hombro.

—¿Qué diablos...? ¿Quién es usted?

—Agente del FBI —mintió Brennan, deseando despejar los sentidos del actor.

—¿El FBI? ¡Ya he pagado mis impuestos! Soy un ciudadano que...

—¿Se celebra algo, Stanley? —preguntó Suzanne, con su dulce sonrisa.

—¡Seguro! —rió Ford, dejando escapar un sonoro eructo—. ¡Celebramos el feliz regreso de Warren Broswell!

Brennan entornó los ojos, a la vez que su rostro adquiría una tenue palidez.

—¿Qué quiere decir, Stanley?

—Warren Broswell fue secuestrado por unos *hippies* en Beverly Hills, pero logró escapar de ellos. Fue él quien organizó la fiesta. Ha estado aquí cenando con nosotros.

Estaban en el salón del *bungalow*.

Harry Brennan había obligado a Ford a reunirse allí, evitando el ensordecedor ruido del jardín.

—¿Qué diablos quiere? ¡Debo volver con mis invitados!

Brennan le soltó un trallazo en la boca.

Stanley Ford retrocedió, desorbitando los ojos. También Suzanne contempló, sorprendida, a Brennan. Le notaba excitado y fuera de sí.

—Procura disipar tu borrachera y responder a mis preguntas, Stanley. Sin alzar la voz. Odio que me griten, ¿de acuerdo?

—Sí..., sí señor —asintió Ford, dejando que un hilillo de sangre brotara entre la comisura de sus labios.

—Bien. ¿Estás seguro de haber visto a Warren Broswell?

—Por supuesto. Llegó a los estudios poco después de finalizado el rodaje. Yo pensaba dormir allí, pero Broswell decidió organizar una fiesta. Junto con el señor Hiller, acudimos aquí, reuniendo a un grupo de amigos. Cenamos, tomamos unas copas...

—¿Cuándo se fue Broswell?

—Hará unos... quince minutos. Poco después del señor Hiller.

—¿Qué historia es ésa de los *hippies*?

—Broswell nos la contó. Cuando estaba en Beverly Hills con Jennifer, fueron atacados por un grupo de *hippies*. Warren fue herido superficialmente en un brazo. Al no encontrar dinero en el *bungalow*, los *hippies* decidieron llevarse a Broswell, amenazando a Jennifer con matarle si no lograba reunir cincuenta mil dólares.

—Y Broswell consiguió escapar.

Stanley Ford asintió, riendo como un estúpido:

—Sí. Es un gran tipo, ¿verdad?

El rostro de Brennan semejaba una máscara de cera. Entreabrió los labios.

—En efecto... Un gran tipo. Vámonos, Suzanne.

Abandonaron el *bungalow* para introducirse en el «Buick». La muchacha no formuló ninguna pregunta, pero sus ojos estaban fijos en Brennan. Esperando alguna explicación.

—¿Conoces el domicilio de Harold Hiller?

—Sí, Harry. Vive cerca de aquí. En Khan Road.

—Vamos allí.

—A estas horas de la noche no...

—El caso está llegando a su fin, pequeña —interrumpió Brennan—. No podemos dejarlo ahora.

Suzanne puso en marcha el vehículo.

—¿Qué te ocurre, Harry? Tú estabas al corriente del secuestro de Warren Broswell. Jennifer te encomendó su rescate, ¿no es cierto? Todo ha salido bien. Yo sospechaba de Broswell, pero queda libre de toda culpa. Cuando mataron a Pamelyn, él estaba cenando con Hiller, Ford...

Brennan esbozó una amarga sonrisa.

No respondió.

Su mente era un verdadero torbellino.

Realizaron el trayecto en silencio. El tránsito por aquella zona era poco intenso, y pronto alcanzaron Khan Road.

Junto a uno de los edificios vieron estacionada una ambulancia que hacía girar su luz roja sobre la capota.

—¡Harry! ¡Esa ambulancia está frente al domicilio de Harold Hiller!

Suzanne detuvo el «Buick» tras la ambulancia justo en el momento en que introducían una camilla en el vehículo sanitario.

Descendieron del «Buick».

—Ha sido horrible..., horrible... —decía un individuo de gris uniforme a un grupo de curiosos—. Llevo más de diez años al frente de la conserjería y jamás el ascensor había sufrido avería. Pobre señor Hiller...

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Brennan.

—Un accidente. Harold Hiller llegó con los cristales de sus lentes rotos. Era muy miope y vacilaba al andar. Por eso le acompañé hasta su apartamento. A los pocos minutos, ya en recepción, oí un espeluznante alarido, y el choque de un cuerpo al caer. Corrí hacia el elevador.

La cabina estaba detenida en la planta cuarenta y dos. El señor Hiller habitaba en la número treinta. Sin duda quiso bajar. Falló el mecanismo de seguridad y la puerta se abrió sin que el ascensor estuviera allí. Hiller no vio el peligro. ¿Se dan cuenta? ¡Treinta pisos! Harold Hiller quedó convertido en una piltrafa humana, en una deformada masa sanguinolenta...

CAPÍTULO XIV

Harry Brennan pulsó el llamador de la puerta.

La hoja de madera se abrió a los pocos segundos. Warren Broswell quedó bajo el umbral. Parpadeando perplejo.

—¡Harry!... ¿Qué haces en San Francisco, muchacho?

Brennan sonrió.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto. ¿Ocurre algo? Tu visita a estas horas de la noche...

—¿Acaso te sorprende?

—Sí, claro...

Llegaron al salón. El apartamento de los Broswell era amplio y acogedor. Con todas las comodidades.

—¿Por qué seguir fingiendo, Warren? Vuestro plan ha fracasado. No podía salir bien. Era demasiado... diabólico.

—¿De qué estás hablando? No te comprendo, Harry...

—Es absurdo fingir que ignorabas mi presencia en San Francisco. Jennifer me contrató para buscar tu... cadáver.

Warren Broswell volvió a parpadear, sorprendido. Su estupor parecía real.

—Oye, Harry. Te hacía en Nueva York. Por supuesto que me sorprende verte aquí y a estas horas de la noche. Y puedo jurarte que no comprendo ni una sola de tus palabras. ¿Jennifer te contrató para buscar mi cadáver? ¿Qué quieres decir con eso?

Brennan entornó los ojos.

Broswell parecía sincero.

Sin embargo...

En ese momento se abrió una de las puertas para dar paso a Jennifer. La mujer lucía un largo camisón de fantasía en gasa de nylon. Muy transparente. Mostrando generosamente sus encantos.

También lucía una «German Luger» en su diestra.

—¡Maldita sea! —exclamó Broswell, furioso—. ¿Qué diablos haces con esa pistola?

Jennifer sonrió.

—Harry tiene razón, querido. Es inútil fingir. Lo sabe todo, ¿no es cierto?

La pregunta iba dirigida a Brennan. Éste contemplaba, impasible, a la mujer. Sin alterar sus facciones. Haciendo gala de una total indiferencia.

—No todo, Jennifer. Existen algunos puntos oscuros.

Warren Broswell se aproximó, irritado, a la mujer.

—¿Cómo lo ha descubierto? ¿Qué le has dicho tú?

—Yo fui a Nueva York en busca de Harry.

—¿Por qué? Nuestro plan era...

—He modificado ese plan, Warren —interrumpió Jennifer fríamente—. No me gustaba. ¿Recuerdas nuestros ensayos? Primero ideamos una disputa entre los dos y el disparar sobre ti creyéndote un ladrón. Lo realizamos paso a paso. Como en el rodaje de una película. Disparé rozando tu brazo derecho.

—¿El brazo? —comentó Brennan, burlón—. ¿No era un balazo en la frente?

—Warren es muy macabro. Estábamos ensayando y se desplomó tras colocarse el parche en la frente. Un adhesivo que simula un perfecto orificio de bala, pero realmente la herida fue en el brazo. Muy superficial. Sólo para manchar de sangre algunos puntos del despacho. Nuestro primer plan, ¿recuerdas, Warren? Yo te confundía con un ladrón, y eras herido en el brazo. Se daba aviso del accidente, y tu doble quedaba hospitalizado en una clínica de Los Ángeles.

—¿Su doble?

—Ten un poco de paciencia, Harry. Te lo explicaré todo.

—¡Maldita sea! —gritó de nuevo Broswell—. ¡Lo estás echando todo a rodar! ¿Por qué avisaste a Harry?

Jennifer sonrió despectiva.

—También a ti te recomiendo paciencia, querido. El primer proyecto no nos gustó, y nos decidimos por el de los *hippies*. Un grupo de ellos nos atacaban, y en el forcejeo tú resultabas herido. Al no encontrar dinero te secuestran, obligándome a buscar cincuenta mil dólares para el rescate. Ésa es la versión que debía dar a la

policía.

—¿Con qué fin?

—¿No lo comprendes, Harry? Warren, en sus comienzos, actuó como figurante en pequeñas películas. Fue el *stunt-man* de un oscuro actor llamado Norman Bridges. De eso ya hace muchos años. Volvimos a encontrarnos con Bridges. Éste y Warren seguían pareciéndose como dos gotas de agua. Bridge es ahora un pobre diablo olvidado por todos. Aceptó nuestra proposición. Cinco mil dólares por hacerse pasar por Warren y permanecer tres días en poder de unos *hippies*.

—¿Existen realmente esos *hippies*?

—Por supuesto, Harry. Nada dejamos al azar. Para la policía de Los Ángeles, Warren Broswell estaría en una tribu de *hippies*. También pagados por nosotros. Era la perfecta coartada de Warren.

—Tú no me contaste esa historia de *hippies*.

—No. Tampoco di aviso a la policía.

—¿Qué quieres decir? —intervino Broswell, con ronca voz—. ¡Explícate de una condenada vez!

—Eso trato de hacer, querido. Todo se me ocurrió al verte en el suelo, con el parche en la frente para hacerme reír. Fue en uno de los ensayados planes que luego rechazamos. Confundirte con un ladrón, hospitalizar a tu doble... Muy complicado. Bridges podía recibir visitas tuyas, y quedar al descubierto. Tú te decidiste por la historia de los *hippies*, pero yo no actué así. Acudí a Nueva York en busca de Harry para contarle que te había matado en un desgraciado accidente. Le dije que tu cadáver había desaparecido misteriosamente.

Broswell bizqueó, aturdido.

—¿Por qué hiciste eso?

Harry Brennan intervino, adelantándose a la respuesta de la mujer.

Sonrió duramente.

—¿No lo comprendes, Warren? Ahora tocio está claro. Ese tal Bridge permanecía con los *hippies*, proporcionándote una buena coartada. Tú y Jennifer, mientras tanto, efectuabais el «trabajo» en San Francisco. Cuando todo hubiera terminado, te presentabas como un héroe que ha burlado a sus secuestradores; pero Jennifer no quería eso. Había planeado también tu muerte, Warren. Yo debía

encontrar tu cadáver. Con una bala en la frente. En un abandonado campamento de *hippies*. ¿Me equivoco, Jennifer?

—No. Ése era, en efecto, mi plan. Yo te iría proporcionando pistas para que llegaras al campamento *hippie*. Allí encontrarías el cadáver de Broswell. Te diría que los *hippies* se lo llevaron para hacerme chantaje.

—Te felicito, Jennifer. Nada hubiera sospechado. La muerte de Broswell sería un accidente. Tal como tú me habías contado.

—Y correspondiendo a nuestra amistad, no me comprometerías con la policía.

—¡Todo esto es absurdo! ¡No me gusta tu broma, Jennifer! — exclamó Broswell, cuyo rostro empezaba a palidecer.

—Tampoco a mí me gustó que te presentaras hoy en los estudios, Warren. Echaste a perder mi plan.

—Ya habíamos terminado el trabajo. Lindfords, Pamelyn y Hiller. Ninguna muerte más para no levantar sospechas en la Holloway Company. Todo el capital invertido por Hiller en la productora pasaba a nuestras manos, junto con las pólizas de Lindfords y Pamelyn.

Los ojos de Jennifer destellaron, dominados por la ira.

—¡No tenías que presentarte a la vista de todos!

—Pero..., ¿por qué?

Brennan rió en burlona carcajada.

Broswell estaba demasiado aturdido para comprender el diabólico plan de Jennifer.

—Al presentarle en los estudios, la historia que me contó Jennifer quedaba como falsa. Yo buscaba un cadáver.

—Así es. Tú estás sentenciado, querido. Una bala en la frente. — Jennifer alzó su mano derecha, empuñando con más firmeza la pistola—. Dos de esos *hippies* me ayudarían a llevar tu cadáver a un lugar de Los Ángeles, donde más tarde sería «encontrado» por Harry. Yo quedaría dueña de todo. Nadie sospecharía...

—Yo sospeché, Jennifer —dijo Brennan, con voz carente de inflexión—. Al leer el contrato de la Broswell&Hiller Pictures Corporation, una cláusula te nombraba a ti propietaria de todo, en caso de fallecimiento de Broswell y Hiller. También tu versión de los hechos acontecidos en Beverly Hills era absurda y repleta de incongruencias. Muy complicada.

La mujer sonrió.

—Tenía que ser así, Harry. Endiabladamente complicada para llamar tu atención. Un caso sencillo no desplazaría al famoso detective Harry Brennan.

—Todo por dinero... por ambición...

—¿Te extraña? Tú y yo conocemos bien la miseria, Harry. Nuestra infancia transcurrió por las sucias callejuelas de East River. No he olvidado cuando rebuscábamos en los bidones de basura. Tras unos años de esplendor, he fracasado como actriz. También Broswell como productor. *Winter morning* terminó de hundimos. Fue entonces cuando surgió Harold Hiller y también la idea de un diabólico plan. Quedarnos con todo el capital que invirtiera en la productora. Debíamos actuar pronto. Antes que se gastara en esa absurda superproducción de *The vampire*.

—¿No era suficiente el dinero de Hiller? ¿Por qué matar a Lindfords y Pamelyn?

—El dinero jamás es suficiente, Harry. Jamás. Quiero ser poderosa. La Holloway Company tendrá que pagarme. Yo seré la dueña de todo.

—Ahora comprendo tu sustitución por Pamelyn.

—Lógica. Las pólizas más elevadas están a nombre de los protagonistas del film: Pamelyn quedó sentenciada en el momento de sustituirme en el rodaje. Pobre Pamelyn... Braceaba desesperadamente en la bañera, contemplándome incrédula.

Una amarga mueca se reflejó en el rostro de Brennan.

—Has llegado muy lejos, Jennifer. Muy lejos... Tendrás el castigo que mereces. El crimen nunca queda impune.

—Eso es en las películas. En los *thrillers* de Warren. Todo ha salido bien. Dean Lindfords fue despeñado por Warren, tras obligarle a beber una botella de *whisky*. Yo maté a Pamelyn. En cuanto a Hiller, Warren le rompió intencionadamente las gafas, cerca de su domicilio. Yo ya esperaba en su apartamento. Cuando llegó, llamé a su puerta y, con unas disculpas, le conduje hacia el elevador. El pobre Hiller, cegato como un topo, cayó por el hueco del ascensor.

—¿También piensas acabar conmigo?

—No entraba en mis planes, pero es necesario. Lo lamento, Harry. No hay otra solución. Tienes que morir.

—¿Y mi cadáver?

—Serán dos los cadáveres —dijo Jennifer, con satánica sonrisa—. Tú y Warren. Tu muerte será atribuida a miembros de la Mafia. En cuanto a Warren, sufrirá un lamentable accidente. Bridges y los dos *hippies* me obedecen como perros falderos. Ellos cumplirán mis órdenes y...

Súbitamente, sonó el disparo.

Jennifer había descuidado la vigilancia a Broswell. Éste había sacado un diminuto revólver de corto calibre.

La bala alcanzó en el pecho a Jennifer. Un rojo orificio se dibujó en su seno izquierdo.

Warren Broswell desvió el cañón hacia Brennan, dispuesto a apretar el gatillo por segunda vez; pero el detective ya no estaba en el sillón. De ágil salto, se abalanzó sobre Broswell.

Fue contundente.

Dos secos trallazos en el rostro, uno en el estómago para terminar con un *crochet* de derecha.

Warren Broswell cayó de bruces, sin sentido.

Brennan corrió hacia la mujer que yacía sobre la alfombra. Con los ojos estrábicos y una amarga mueca en los labios. Intentaba taponar la sangre que brotaba de su pecho, pero el rojo líquido se filtraba entre los surcos de sus dedos.

—No, Harry..., no me toques..., voy a morir... Estoy interpretando el mejor papel... Adiós, Harry..., perdóname...

Brennan entreabrió los labios.

Su voz fue un leve susurro:

—Adiós, Jennifer.

Harry Brennan inspeccionó, con aburrido rostro, los discos allí depositados. Todos dedicados a los melenudos de turno. Cantantes que ocupaban fugazmente el *ranking*. Encontró uno del sempiterno Elvis Presley.

—Ya estoy preparada, Harry.

Brennan giró.

En el centro del salón estaba Suzanne. Luciendo un vestido de dos piezas con *short* en tejido gabardina. En su mano derecha, un veraniego abrigo.

Brennan se aproximó lentamente.

—¿De verdad quieres ir al Fleur de Lys?

—¿No te gusta? Es uno de los mejores restaurantes franceses.

—¿Por qué no nos quedamos en tu apartamento, escuchando música?

—La Holloway Company te dio un cheque como premio a descubrir los sucios manejos de Broswell. No fue mucho, pero suficiente para invitarme.

Brennan sonrió.

Con el cheque de la Holloway Company había pagado a Scofield y poco más le quedaba. Atrapó la cintura de la muchacha. Sus labios besaron el frágil cuello de Suzanne.

—¿Nos quedamos?

—¿Piensas aceptar el empleo que te ofrece la Holloway Company?

Brennan volvió a sonreír.

—No, pequeña. Me quedaré una temporada en San Francisco. Tal vez consiga un par de clientes que me llenen los bolsillos de dólares. Lo necesito. Luego, puede que regrese a Nueva York... o me quede definitivamente en San Francisco. Depende.

—¿De qué?

Brennan se miró en aquellos verdes ojos.

—De ti. No me gustaría separarme de tu lado.

—¡Oh, Harry!...

Los brazos de Suzanne se enroscaron en su cuello. Unieron sus labios en un apasionado beso.

Definitivamente, el Fleur de Lys quedaba olvidado.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

[1] Guión definitivo con sus correspondientes diálogos. < <

[2] Género cinematográfico dedicado a los filmes «negros» de gánsteres asesinatos y detectives. < <